

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

VIVIR CON CÁNCER

S. MILLÁN – 2022

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Manuel Mateos Pedrero.

Eva María Fernández.

Javier Mahillo.

Testimonio de una religiosa.

Testimonio de una esposa.

Testimonio de una psicóloga.

Testimonio de un sacerdote.

Thierry Gamelin.

Testimonio de un padre de familia.

Padre Colum Power.

Siempre adelante.

Dios te responde.

INTRODUCCIÓN

Si mañana fuéramos al médico, porque algo nos duele, y nos dijera, después de unos exámenes, que tenemos cáncer, seguramente tendríamos miedo al porvenir. Nos parecería que el mundo se acaba para nosotros. Quizás tuviéramos una especie de desánimo que se llama depresión y quisiéramos cerrar todos nuestros proyectos y sueños. Algunos le echarían la culpa a Dios y hasta quisieran vengarse de él no acudiendo más a la iglesia ni querer rezar, pensando que Dios es injusto con ellos que son buenos, dan limosna a los pobres, llevan una vida sana sin excesos, rezan normalmente de vez en cuando y hasta van a la iglesia en ciertas ocasiones. El cáncer les parecería una tremenda injusticia de Dios y no podrían comprender *por qué, por qué a mí*. Por supuesto que nadie podrá responder a esa pregunta. Solo Dios puede responderla y normalmente nunca lo hace.

Para algunas personas de fe viva, el cáncer puede ser aceptado con amor como venido de Dios para purificarlos y santificarlos y también para que puedan ofrecer algo valioso por la salvación de otras personas alejadas de Dios, pero eso no lo entiende la mayoría de la gente. Por eso echan la culpa a Dios y muchos reniegan de él. Pero en muchos casos se da el fenómeno de que, según pasa el tiempo y se ven cada día más limitados y débiles, van aceptando el cáncer y van aceptando la voluntad de Dios sobre ellos. De hecho debemos entender que Dios nunca nos va a hacer daño, que todo lo permite por nuestro bien (Romanos 8, 28) o, como decía san Agustín: *Dios no permitiría los males, si no sacara más bienes de los mismos males*.

En una palabra, la palabra cáncer tiene un significado de muerte y pensar en una muerte cercana y, más aún en una edad temprana, parece una injusticia de Dios y de la vida misma y siempre se repite la misma frase: *¿Por qué a mí?* Claro que Dios podría contestar: *¿Y por qué no a ti?* No es un castigo, no es una venganza por tus pecados anteriores. No. Dios no es vengativo, Dios es misericordioso y solo busca nuestro bien y todo lo permite por nuestro bien, aunque no lo entendamos. Al final, en el momento de la muerte, cuando Dios se nos presente como un Papá lleno de amor por nosotros, entenderemos que era un regalo y una predilección de Dios que nos había escogido de modo especial.

Algunos se reirán de esto, pero así es, una vez que pasamos la barrera de este mundo, sentiremos un amor inmenso de Dios y entonces podremos agradecerle por los sufrimientos del cáncer ofrecidos a Dios, porque nos han obtenido grandes méritos para ser más felices eternamente de lo que hubiéramos sido, si todo hubiera sido normal. Esta felicidad será para siempre, por toda la eternidad.

Te recomiendo, amable lector, que leas algunos testimonios de personas que han tenido experiencias del más allá, experiencias cercanas a la muerte, tal como las han tenido millones de personas en el mundo entero. Solamente en Europa unas 20 millones de personas y unas nueve en Estados Unidos según estadísticas confiables. La inmensa mayoría nos habla de ser recibidos con un amor tan inmenso y total que, a partir de ese momento, no solo no tienen miedo a la muerte, sino que cambian de vida para mejorar, sabiendo con seguridad que lo que vale y lo que cuenta para Dios y la eternidad es el amor a Dios y a los demás. Es tan grande ese amor que experimentan (excepto en algunos pocos casos en que viven una experiencia de infierno) que ya no quieren regresar a la vida terrestre, aunque tengan familia e hijos. Quieren quedarse en ese estado feliz para siempre y Dios tiene que insistirles en que deben volver, porque todavía no han cumplido su misión en el mundo.

¿No crees esto? Lee algunos de estos libros, de los que hay cientos. Aprende a vivir como aprenden los que han tenido estas experiencias del más allá y ama Dios con todo tu corazón, aceptando su voluntad y viviendo, no para los cuatro días de este mundo, sino para la eternidad. Además no olvides que esta vida es tan frágil que se puede romper en cualquier momento y muchos no han hecho nada que valga la pena. Examina tu vida sobre lo que has hecho hasta ahora ¿Estás contento? Rectifica y vive bien, vive con amor para la eternidad y Dios te lo premiará mucho más de lo que puedes pensar o imaginar. Amén.

MANUEL MATEOS PEDRERO

Él nos cuenta su lucha contra el cáncer. Dice que fue al hospital de León (España) y le detectaron cáncer y pensó: *Tengo cáncer* y se echó a llorar. Nos dice: *¿Qué sabíamos nosotros hasta entonces del cáncer? Nada, que quien lo tenía se moría. No había otra solución. Solo pensaba en el desenlace de la enfermedad y fui llorando todo el camino hasta mi casa en Puebla de Sanabria, que está a 160 kilómetros del hospital ¿Por qué yo? Me preguntaba una y otra vez llorando, y las lágrimas me salían del corazón. Solo tengo 32 años. La primavera empezaba a despuntar despacito, como la canción, pero no me enteré de lo que había fuera del coche. Miraba por la ventanilla, pero no alcancé a ver nada, ni un campo de trigo, una alameda, un riachuelo. Me pasé el viaje metido en mi cabeza. Estábamos en abril de 2012.*

¿Por qué en ese momento de mi vida? ¿Qué había hecho mal? No me acababa de creer lo del cáncer. Me decía: En algún sitio debe haber un error. Yo siempre he sido una persona metódica con la alimentación. Mi abuelo me solía decir: “Es que no vales ni para beber una cerveza”. Me sabían amargas. El vino, lo mismo, no me gustaba. No fumaba. Me he cuidado siempre. He hecho

mucho deporte e incluso, si sabía que el domingo tenía que jugar y viajar, el sábado me acostaba temprano. Ese era mi estilo de vida. Así que para mí lo del cáncer no tenía explicación alguna. Ni siquiera religiosa. ¿Acaso Dios tiene algo que ver en todo esto? ¿Ha intervenido él? De niño me educaron las monjas del Amor de Dios y en mi vida ha estado siempre presente la religión, más en momentos como aquellos donde no había esperanza, solo dolor.

Esa noche terrible me levanté de la cama varias veces, estaba inquieto, tenía la sensación de que dentro de mi cuerpo había algo malo. Una y otra vez me preguntaba: “¿Cuánto me quedará de vida?”. Por toda respuesta me decía: “Es absurdo, si solo tienes 32 años”. Me acababa de casar y de construir una casa, llevaba cinco años luchando por ello: proyectos, documentos, permisos, materiales. Estaba en la plenitud, en el mejor momento de mi vida, estaba a gusto con todo, era feliz, no tenía problemas, tenía hasta un trabajo estable y que me gustaba. En mi trabajo tenía una labor intensa que me obligó en determinadas circunstancias en casos de accidentes de tráfico, atender a personas que incluso murieron en mis brazos ¹.

Estaba tan fastidiado y tan débil que decidí que Pilar, mi esposa, tomara las riendas de los asuntos médicos. A partir de ese momento, ella llevaría el control de todo y anotaría en una agenda lo que me iba pasando. Se lo di todo, hasta el anillo de boda, las llaves del coche, todo. Estaba perdido, no quería saber nada de nada. Mis días consistían en despertarme, levantarme y estar en casa. No podía ni quería salir a la calle.

En el hospital me dieron un líquido para beber que estaba muy amargo. Recuerdo que mi hermana, viéndome la cara, me dijo: “¿Tan malo estás? Déjame que te lo voy dando yo”. Gracias a ellas, todo era más fácil. Durante aquellos meses, muchos, estuvieron tan cercanas a mí, mi otra hermana también, que solo les faltó tomar mi quimioterapia. Yo me apoyé mucho en ellas y en Dios. Debo confesar que en aquellos días recé mucho, eso sí, a mi manera. Soy creyente y, aunque a lo mejor no practico tanto, no voy todos los domingos a misa, no dudo de mi fe. Sabía que Dios me escuchaba, me atendía y me estaba poniendo a prueba ².

Me hicieron un TAC y me corroboraron que tenía metástasis nada menos que en el hígado. Los datos eran incuestionables, aparecían claros y diáfanos en el informe de mi caso. Con ese informe en la mano me derrumbé totalmente y conmigo toda mi familia. Incluido mi padre, quien después en casa cargó contra

¹ Pedrero Manuel Mateos, *Mi lucha contra el cáncer*, Ed. El ángel, impreso por Amazon Italia, pp. 15-17.

² *Ib.* pp. 18-19.

Dios. Tras darle la noticia no hizo más que preguntar: ¿Por qué? Levantando los brazos hacia el cielo ¿Por qué le pasa a mi hijo que es un deportista, cuando hay por ahí tantos desalmados a los que no les pasa nada de esto? Por mucho que se le explicara que era un caso anormal, único, no lo entendía y clamaba contra el cielo. Y la verdad es que también para mí era difícil entenderlo. Más que nada, porque mis hábitos eran sencillos, yo me conformaba con mi pesca y mi casa, en mi pueblo y con el fútbol. Nací con un don para el deporte y se me daban bien todos. Eso sí, era muy competitivo, jugara a lo que jugara. Pero ¿para qué me he cuidado tanto? La vida me ha dado un golpe, me voy a ir joven y no he disfrutado como otros de mi edad. Mi decepción con la vida era evidente. En la planta donde nos hacían los tratamientos de quimio había una capilla en la que solía entrar para sentarme a meditar y hablar con Dios. Intentaba encontrar una solución, una respuesta, y pedía a Dios que me dejara vivir y que no sufriera ³.

Nada hasta entonces me había golpeado tanto y tan certeramente como la noticia de que tenía un cáncer doble, que tenía infectado el hígado y un tumor en el colon, un problema que en forma de molestias estaba llamando mi atención desde hacía semanas. Aquello me cambió la vida, me agobió hasta tal punto que a partir de entonces nada fue igual. Nada.

En la sala donde nos daban quimio me vi sentado en un sillón sin conocer nada ni a nadie, asustado, anonadado y pequeñito, muy pequeñito. Allí a mi lado había gente que llevaba varias sesiones y que parecía de otro mundo, tenía menos luz. Y fue darnos cuenta de su menor energía y decirme: “Mañana voy a estar así de deteriorado”. Por esas fechas tenía unos planes de futuro tanto laborales como personales, que se fueron al garete en cuanto puse mi vena a disposición de las enfermeras. Ahí y aquel día durante mi primer ciclo de quimio empezó a cambiarme la vida. Poco a poco fui mudando de piel para ser otro por dentro y por fuera ⁴.

Para llegar al hospital me levantaba a las 5:30 de madrugada, y después de hora y media de viaje en coche llegaba a León. Viajaba en ayunas. Me hacían después una analítica, veían como estaban los controles y hacia las 9 de la mañana solía pasar a mi sesión de quimio. Me sentaban en un sillón, me enchufaban en vena el tratamiento y tras muchas horas, regresaba a mi casa. Cuando entraba por la puerta eran las diez de la noche. Aquel tiempo fue muy duro. El primer ciclo fue de 20 días, y el siguiente me lo dieron todos los jueves. En el primero me recetaron pastillas de Xeloda, quimio en pastillas. Me las tomaba por la mañana, por la tarde y por la noche.

³ Ib. pp. 20-21.

⁴ Ib. p. 26.

Me hicieron una prueba de ADN para ver si daba positivo. La oncóloga me dijo que si daba positivo —me advirtió que no me hiciera ilusiones porque la coincidencia debía ser del 99,9 por ciento— me darían un fármaco específico para mi tumor. No para tumores alojados en el colón, sino para el mío propio. Es decir, que de darse la coincidencia no valdría nada más que para mí. Y dio positivo. Pero aún dándome positivo, había que ver la reacción en mi organismo del fármaco que hablan vivido para mí, había que probarlo. Y lo hicieron. Me lo dieron un jueves, después de la quimio. Una buena señal de que el fármaco funcionaba sería, me dijeron, que me produjera acné, granos por todo el cuerpo, también en el rostro, Al día siguiente me levanté como si tuviera 16 años. Estaba perdido de granos. La oncóloga estaba muy contenta porque, dijo, el fármaco era efectivo.

En aquel tiempo no quería salir de mi casa. Me obsesioné con que si me pasara algo fuera en mi casa... Además, me sentía a gusto en ella. Tenía todo lo que necesitaba y hacía lo que me gustaba: me sentaba a escribir. Como tenía los sentimientos a flor de piel, le contaba a todo el mundo cómo me sentía. A veces daba un paseo por un pinar muy próximo y luego escribía en Facebook cómo había ido la caminata... Contaba que había escuchado el canto de los pájaros, que los observaba... Compartía cosas que antes me pasaban desapercibidas y que ahora he aprendido a disfrutar.

Yo estoy enamorado de mi pueblo, de mi tierra, me siento a gusto aquí. Estuve en Madrid cinco años, tenía un buen trabajo, y regresé a Puebla de Sanabria porque la amo. Puedo pescar, que es lo que más me gusta, hay monte, animales, naturaleza... Voy a la playa, al mar, y me faltan los árboles, ¿por qué no los ponen?

En este entorno fantástico fue en el que me refugié mientras me tomaba las pastillas de quimioterapia. Así pasé un año, justo hasta el día en que la oncóloga Castañón me dijo que tenían que operarme y me retiró la quimio, las pastillas y el fármaco. Estuve un mes sin meterme nada en el cuerpo. Me sentí muy bien. Había olvidado cómo eran las personas “normales”, las que no tienen enfermedades peligrosas ni crónicas. Parecía que volvía a respirar.

También dejé de tomar las pastillas para dormir, para estar relajado... Sin ellas no hubiera resistido la quimio y demás. Dejé también las pastillas de la quimio por las secuelas, como no aguantar el frío. No soportaba tocar el pomo de las puertas o acercarme a la nevera, y si bebía agua fría se me ponía un escozor inaguantable en la garganta. Lo pasaba fatal. En cuanto tocaba algo frío se me dormía el brazo, desde la mano hasta el hombro. Me pesaba mucho. En verano he llegado a salir a la calle con guantes, abrigo de plumas y gorro.

No se me llegó a caer el pelo, pero se me puso muy sedoso. Lo que sí se me cayó fue la piel de las plantas de los pies, impidiéndome andar. Un día, le pregunté a la oncóloga si podía salir con los perros al monte y me respondió que el ejercicio siempre era bueno. Así que cogí los perros, me puse mis botas y me largué al campo, pero al llegar no aguantaba los pies. Pili me ayudó a quitarme las botas y los calcetines, y al ver la planta de los pies dijo: “Virgen del Rosario, si las tienes en carne viva”.

Además, siempre tendré faringitis. Cuando hablo mucho, en invierno sobre todo, estoy como ronco. Y las mucosas las tengo quemadas, tengo que andar con cremas en la nariz, los oídos... Otro efecto secundario fue la fiebre. Creo que fue tras la quinta sesión de quimio, estaba en casa con mi mujer, viendo una película o un documental de pesca, a los que somos muy aficionados, cuando empecé a sentirme mal. Creí que se me pasaría y lo dejé estar, pero por la noche aquello se complicó. Sudaba tanto que empapé la cama. Tiritaba y tiritaba, pero aguanté porque no quería darle la noche a mi mujer. Por la mañana se lo dije, me tomó la temperatura y tenía 39,5 grados. “Nos vamos al hospital, voy a avisar a tu padre”, me dijo. Pero para mí eso de ir al hospital ... me daba miedo, pánico, y en principio me negué. Luego entendí que si mi familia me lo decía era porque me veía mal, y accedí. Me pasé el viaje en el coche tapado con una manta, titiritando, y ya en el hospital, nada más llegar me leyeron la cartilla. Me dijeron que cómo podía haber hecho eso, que no lo volviera a hacer, que en cuanto tuviera fiebre tenía que ir allí, y que podía morir. Luego me informaron que la fiebre se había producido por una toxicidad del tratamiento de la quimioterapia. Llevaba muchos ciclos encima y el cuerpo, al parecer, había dicho: “Hasta aquí hemos llegado”. Estuve cinco días ingresado en cuidados Intensivos, y estaba tan alerta por la noche que un día entró una enfermera y me dijo: “Te toca pinchazo”, y le respondí: “Pues eso se sale de la rutina, no me han pinchado los días anteriores”. La enfermera me contestó: “Espera, voy a mirarlo”. Unos minutos después regresó y dijo: “Es cierto, es para otro enfermo”. Pili no se lo creía, y es que a pesar de estar en buenas manos siempre hay que estar pendientes de lo que hacen con nosotros. Un error puede ser fatal.

Esos días eché mucho de menos, no sabes cuánto, a mi pueblo, a mis amigos y a los chavales del equipo de fútbol, con los que a veces tenía mis charlas. Me pedían que fuera a verlos para animarlos, pero yo veía que los entristecía porque veían mi deterioro físico, que era evidente. Ellos me conocían como una persona disciplinada y seria en el trabajo, el deporte siempre me lo he tomado muy en serio, siempre he pensado que si te involucras en algo, te involucras, y sabía que a ellos eso les gustaba, y ahora... Poco a poco fui

optando por no ir a verlos, pero los echaba de menos, Se quedaron sin su entrenador...

En mi pueblo me han hecho muchos homenajes... Mi madre me dice: "Hijo, pues habrás sembrado y ahora recoges". La verdad es que en mi pueblo no tengo queja de nadie. Estoy y estaré agradecido eternamente. Por eso, cuando me ofrecieron la presidencia de la Junta local de la Asociación Española contra el Cáncer, AECC, acepté porque podría traer a mi pueblo una sede que ayude a los enfermos de cáncer.

No obstante y mientras recibí la quimio, me aislé. No tenía ganas ni de participar en las fiestas. Aquí es típico lo de los toros de fuego, esos que van echando chispas, yo siempre saqué uno a la calle en las fiestas. Me emocioné cuando, en unas fiestas, mis compañeros de la peña a la que pertenezco trajeron un toro hasta la puerta de mi casa. Eso me dio un subidón de energía positiva. Ese día me acosté mejor y al siguiente me levanté con ganas de vivir⁵.

Me operaron. La operación fue devastadora. Fueron 8 horas de intervención que gracias a Dios dieron su fruto. Tenía y tengo fe en Dios, porque aquello fue muy delicado y salió bien. En el 90% de los casos de Operaciones de hígado, suele haber transfusiones y en mi caso no se necesitaron. Para intervenirme, utilizaron una máquina que venía de Estados Unidos y que solía hacer cortes verticales asimétricos y milimétricos en el hígado para que no se escapara ninguna mancha de la metástasis. Esto se hacía cuando el hígado quedaba al aire, cuando me habían abierto. Esa máquina al parecer siempre se para, cuando está trabajando, dejando trocitos sin mirar, pues tampoco sucedió. Otro hándicap era la posibilidad de infección ya que en ese caso pasaría más tiempo en la UVI. No pasó nada de nada. La operación fue un éxito y me recuperé a los cuatro días, dos por debajo de lo habitual. A los 7 días estaba en mi casa⁶.

¿Cómo pasaba yo las horas de la quimio? Con un DVD. Me veía Braveheart y Gladiator que son películas muy largas. Si me centraba en ellas, sabía que, cuando acababan, había terminado mi ciclo de quimio. Me decían las enfermeras: ¿Otra vez la misma película? Sí, sí, les respondía encantado, porque aquello me salió genial. Me gustaban las pelis, las veía y punto. Otras, leía la cronología de jugadores de fútbol como Alfredo Di Stefano, Kubala..., a los que conocía de oídas. Ahora, claro, esas pelis no las quiero ver ni en pintura. También charlaba con la gente de la sala de quimio de los efectos que nos producía o, si habían operado a alguien, de sus sensaciones, de cómo le iba. No

⁵ Ib. pp. 28-33.

⁶ Ib. p. 34.

hablábamos nada de la vida, solo lo que nos estaba pasando allí en el hospital, que al fin y al cabo era nuestra vida, y dependíamos de él para seguir viviendo ⁷.

Al margen de ser creyente o no serlo, que lo soy, estoy convencido de que algo hay porque a mí me pasaron cosas durante la enfermedad que invitan a creerlo. Muchas veces mi mujer me decía: “Esto es inexplicable”. Cuando acabé mi última sesión de quimio, entré en la consulta de la oncóloga, Carmen Castañón, y le pregunté: “¿Es la última?”. Y me dijo que sí. Salí de allí con un subidón de aquí te espero, porque sabía que se había acabado el veneno. Luego vinieron otras sesiones más cortas, pero entonces lo desconocía. El caso es que salí de la consulta y, según salía, vi a dos chicas jóvenes y a un chaval de mi edad. La verdad es que, como estaba acostumbrado a que el cáncer lo tuviera gente mayor, pensé que ellos habrían venido con su abuelo o a lo sumo con su padre o su madre, pero fue pasando el rato y seguían allí, solos. Pili y yo empezamos a pensar que podía ser que la enfermedad la tuviera alguno de ellos y sin comerlo ni beberlo, me levanté y me dirigí a ellos. Perdonad, ¿quién es el que está enfermo? Es mi hermano, me dijo una de las mujeres. Una era su hermana y la otra su mujer. Entonces me agaché, él estaba sentado y le dije: “Vengo más que nada, porque sé cómo te sientes, yo ya lo viví” ⁸.

En la UVI después de operado yo estaba consciente y entubado por todas partes, y sedado. Era el día 18 de julio de 2012, el día que renací de mis cenizas. El segundo día era más consciente de la situación. Me habían retirado los tubos, de los que, la verdad, apenas me acordaba, y tenía la boca seca, me la mojaban cada cierto tiempo. Cada hora o cada dos horas venían a ver los monitores, comprobaban cómo iba el azúcar, las distintas constantes, y yo mismo las tenía a la vista en una pantalla. Así que conocía mi presión arterial... lo sabía todo siempre. Por eso estaba alerta y me decía: “A ver qué pasa”. No dormía y sentía la tensión de la propia UVI, de sus enfermos, de la precipitación de las enfermeras cuando alguien sufría. Asistí a situaciones muy desagradables. Vi morir gente. No es que la viera, es que entró alguien que tuvo un accidente de tráfico y... esas cosas son traumáticas. Las enfermeras, al ver que lo estaba viviendo y que me estaba poniendo nervioso, pusieron una cortina a mi alrededor y me encerraron, dejándome peor de lo que estaba, en la soledad más absoluta.

Cuando veía a mi padre o a mi mujer por el cristal, les dejaban pasar a verme a ciertas horas, les hacía una señal con el pulgar para arriba, como diciéndoles que todo iba bien, y ronco como estaba, tenía un tubo en la garganta, les pedía que me sacaran de allí. Me respondían que el cirujano les

⁷ Ib. pp. 36-37.

⁸ Ib. pp. 38-39.

había dicho que cuanto más tiempo estuviera allí sería mejor, porque estaría fuera del alcance de los virus. Yo les decía que no, que alguien había muerto a mi lado... Luego, días después, recordándolo en la habitación, mi padre, el pobre, sonreía.

Los tres días que estuve en la UVI tuve mucho dolor, tanto por la intervención como por la posición, estaba boca arriba en una cama muy estrecha... Estaba sedado, pero era insuficiente. De ahí pasé a planta y todo fue distinto. Pude ver a mis padres, a mi familia, a Pili... Recuerdo que la primera noche me tocó en oncología, luego me subieron a neurología. A mi lado había un hombre, Pedro, con la cabeza operada, que se levantaba por la noche, y claro, yo no descansaba. Menos mal que pocos días después me cambiaron a otra habitación donde estuve solo y tuve algo de intimidad. Ahí mejoré, aunque la cama estaba pensada para una persona de 1,70 y yo supero el 1,85. Luego me trajeron una cama algo más ancha, pero tampoco me valía de larga. Estaba, además, alerta con mi cuerpo, pendiente de lo que sentía, y eso que me dieron alguna pastilla para dormir. Pili estaba conmigo, dormía allí, a mi lado. No se separaba de mí ni un minuto.

En planta me pasaron otras cosas, una de las peores fue moverme. Después de una cirugía tan brutal, tenía sondas por todos los sitios, me daba miedo cualquier cosa, como cuando coges algo muy delicado y te preocupa romperlo.

En la cama me encorbaba porque no quería estirarme para no tirar de las grapas, pero a los tres días de estar allí me dijeron que había llegado la hora de levantarme. Empecé a hacerlo despacito, muy despacito, daba pasos de la cama a la puerta y de esta a la cama, no hacía más. La ducha era una locura. Pili me ayudaba a lavarme. Fue duro, porque estaba con la sonda para la orina, el drenaje de la operación, la vía del cuello, la del brazo, la de la mano. Cuando me quería mover, Pili tenía que seguirme sujetándome todo. Lo pasé físicamente mal, porque además venían las visitas, que te intentaban alegrar y que muchas veces no sabían qué decirte. Viví numerosos episodios dolorosos y aquel fue otro, menos mal que mis expectativas eran buenas, tenía confianza en que todo aquel malestar valiera la pena⁹.

Cuando me dieron de alta, me fui al pueblo. En el pueblo tenía muchas visitas y todos decían que había adelgazado muchísimo. Pasé de 82 kilos a 43. Estaba esquelético y se sorprendían. Con los tratamientos llegué a estar en un 45 % de masa muscular. Ahora estoy al 95%. Mi fisio, Ana Gago, se ha estado pasando dos días al mes para recuperarla. A día de hoy sigo con mis citas

⁹ Ib. pp. 42-44.

mensuales con Ana, quien además se convirtió en una buena amiga. En la habitación tengo un espejo grande donde veía cómo estaba, lo mal que estaba, pero era consciente de que el cuerpo humano aguanta mucho y como además mi analítica estaba bien, estaba tranquilo. Mi aspecto era horrible, pero yo de cabeza andaba bien. Lo que me mataba era la quimioterapia. Yo era, mi cuerpo, el resultado de los efectos de la quimio. En ese tiempo no tomaba fármaco alguno, salvo algún paracetamol para el dolor, estaba descansando y venía de pasar por un largo proceso, ocho o nueve meses con quimioterapia. Nadie sabe cuál es el alcance real de la quimio. A mí, por ejemplo, en las manos me ha quedado como un hormigueo, como cuando se tiene un brazo dormido y sientes el hormigueo de la sangre, además de sabor en la boca a hierro, a metal. Me ocurre cuando ejercito mucho las manos. Suelo decir que parece que tengo un muñón porque cuando me pasa soy incapaz de coger un simple tornillo. Ahora mismo me pongo a hacer algo, apretar unos tornillos, por ejemplo, y al cuarto tornillo, del esfuerzo de hacer presión con las manos, empieza el hormigueo, y a medida que lo voy haciendo se me queda dormida la mano. De hecho, no puedo coger bien el destornillador porque se me infla la mano. Con la quimio las terminales nerviosas, en las manos y en los pies, quedan muy tocadas.

Mis secuelas son esas, y las de ir al baño muchas veces. Al quitarme buena parte del colon, si no llevo una dieta estricta voy al baño cada dos por tres. Ir al baño tanto te deteriora. Y si tienes la desgracia de que vas al baño mucho y sangras, lo que me ha pasado en ocasiones, que como vas tanto al baño te irritas, te sientes francamente mal. Estos días, por ejemplo, he tenido que ir al ambulatorio y me han puesto dos bolsas de suero porque mis diarreas no son como las que tiene una persona normal. Yo tengo muy poco colon y no absorbe nada, se va todo, me quedo a cero.

Ahora he recuperado peso, pero porque llevo una vida super estricta. El médico me dice: “A ti te dicen que tienes que estar 10 días sin comer y los estás”. Yo no me paso de nada y en nada. Soy espartano. El alcohol no lo probaba y no lo pruebo, ni fumo, y las comidas... hago la que me mandan. Llevo sin probar la ternera 7 años, ni el cerdo. Como verdura, pescado, pollo, conejo a la plancha, con una gota de aceite... El cáncer de colon tiene mucho que ver con la alimentación. Así que todo lo que sea prevención debe ir bien. Es como si tienes cáncer de pulmón y fumas. Yo empecé con mi dieta específica en el hospital y ahí sigo.

Después de la operación del hígado tomaba dieta líquida: purés, sopas, batidos que me traían de la farmacia, Puriten se llaman, zumos, alimentos blandos, porque me habían operado del hígado, pero aún tenía el cáncer de colon y había que operarlo. Aún había una obstrucción intestinal y debía tener cuidado de que no fuera total porque me tendrían que operar de urgencia.

*Seguía las indicaciones de los médicos digestivos al pie de la letra. Estuve así desde que me diagnosticaron que tenía el cáncer de colon y hasta que me operaron, más o menos un año*¹⁰.

*Yo practico mi fe y tengo una fe ciega en mi Virgen de las Victorias, la de Puebla. La llevo en el corazón, porque su fiesta es en septiembre y me operaron ese mes, y yo sabía que ella no me iba a dejar marchar en esa fecha. A mi manera, tengo devoción por ella y, mientras me recuperaba después de la última operación, pedí llevarla al hombro. Lo hice, me dejaron, pero como estaba muy débil, andaba renqueante, me metí entre los hombres que podían hacerlo gracias a su fortaleza. Mi madre también es devota de la Virgen y ese mismo año fue descalza toda la procesión. A veces me paro a pensar por qué sale todo tan bien dentro de lo malo*¹¹.

Manuel Mateos Pedrero superó el cáncer. Ahora da charlas sobre el cáncer y participa en la junta local de Sanabria-La Carballeda en la Asociación española contra el cáncer de la que es presidente en la comarca de Sanabria en la Asociación de Zamora.

EVA MARÍA FERNÁNDEZ

*Nos dice: Desde que era pequeña tuve muy presente que Dios está a nuestro lado cada día de nuestra vida. Por eso ofrecerle cada cosa que hacía se convirtió en un hábito y de esta manera me acostumbé a sentirlo muy cerca de mí. Cada hora de estudio, cada proyecto, cada rato con la familia o las amigas, cada sueño y cada esfuerzo aprendí a ofrecerlos a Dios desde muy niña. Con el tiempo, a medida que maduraba con los problemas de la vida, también he aprendido a ofrecerle mis lágrimas, mis pérdidas, mis miedos, mis sueños rotos, mi pobreza y hasta el dolor de mi enfermedad. También las veces que le he fallado y le he negado, que han sido muchas y las más dolorosas. Sin embargo, siempre he pensado que nuestro dolor, ofrecido a Dios, se convierte en una bella flor, plantada en el centro justo de nuestro corazón. Cada lágrima derramada se convierte en una nueva gota de rocío que nos purifica y nos hace más humildes*¹².

Nunca me imaginé que mi destino tuviera por nombre cáncer. Creía que Dios me conduciría adonde yo había soñado, sin ser consciente de que yo solo era una pasajera más del tren de la vida y no el maquinista que es Dios.

¹⁰ Ib. pp. 53-55.

¹¹ Ib. p. 63.

¹² Fernández Eva María, *Un viaje sin equipaje*, Ed. PPC, 2021, p. 24.

Un día conversaba con un sacerdote y me dijo que la enfermedad era un regalo de Dios para llegar hasta él. En ese momento me quedé sin palabras. Mi cruz, mi enfermedad ¿era un regalo de Dios? ¹³.

De repente se hizo de noche en mi vida y el nombre de mi hijo empezó a sonar con eco en mi oscuridad. Aquel día salí de allí en estado de shock, fui a vomitar directamente y luego busqué una puerta de salida. Deambulaba por el hospital con la mirada perdida, viendo a esas mujeres con pañuelo como si fueran de otro mundo. Lo que yo desconocía, por aquel entonces era que esas mujeres se convertirían en mi nueva familia y su mundo en mi hogar. Sin rumbo fijo salí por la puerta trasera del hospital, llorando amargamente. De repente me paré delante de una puerta con un escaparate lleno de lazos, pulseras y cojines rosas. No sabía dónde estaba, la providencia me había llevado hasta allí sin ser consciente de ello. Mis lágrimas no me dejaban ver con claridad, pero llamé a esa puerta.

No me preguntes por qué lo hice, ni cómo llegué hasta allí, porque eso solo lo sabe Dios. Abrió la puerta una joven encantadora, no tuve que decirle nada, me abrazó, me acogió y me pasó a una pequeña sala. Me encontraba sin saberlo en la “Asociación del cáncer de mama”. Esa entrañable mujer, sin pedírselo, hizo una llamada y me concertó una cita con la psicooncóloga del hospital. El plan del Señor para mí ya estaba en marcha. Me regalaba consuelo, su abrazo y su escucha por medio de mujeres admirables que estaban en la misma situación que yo o que ya la habían superado. Desde aquel día la psicooncóloga, como un ángel puesto por el Señor, no me ha dejado sola ni un momento. Ha hecho mucho más de lo que su profesión exigía. Aprender a abrazar mi cruz, mi enfermedad, ha sido todo un proceso en el que cada persona puesta por el Señor en mi camino me ha ayudado a avanzar ¹⁴.

Nunca pensé que mi enfermedad sería el eslabón que me uniría definitivamente a Dios. Mi conversión con mayúsculas ha venido con el más hondo y profundo dolor. Si mis desiertos a lo largo de mi vida han sido muchos, en este ha sido donde más manantiales de agua viva he encontrado. Yo, al igual que el ciego Bartimeo, gritaba una y otra vez: “Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí” ¹⁵.

Antes y después de cada prueba médica, la capilla del hospital se convirtió en mi cuartel general donde iba a escuchar su Palabra y recibir la

¹³ Ib. p. 32.

¹⁴ Ib. pp. 34-35.

¹⁵ Ib. p. 42.

Eucaristía, como el soldado que coge sus armas y provisiones antes de ir a la guerra. Ahí estaba yo, fijando mis ojos en los suyos y cerrando mis oídos a toda desesperanza. Nunca pude imaginar todo el amor que encontraría a lo largo de este camino. La gracia de Dios se derramaba en cada paso, en cada prueba y obstáculo. Lo duro de la enfermedad era silenciado por el bálsamo del amor que Dios me regalaba cada día a través de mi familia y de mis amigos.

A mi lado estaban también los enfermos que estaban en mi misma batalla. Cada uno de ellos ha marcado mi corazón, dándome un ejemplo de coraje y tesón. A algunos los he perdido, pero viven dentro de mí, porque cada mañana, cuando agradezco el regalo de la vida, los tengo presentes. Ellos partieron antes a la casa de Dios y desde allí me animan con su ausencia, que viva intensamente cada día que ellos no podrán vivir. Así lo hago y cada amanecer les susurro: “Este día va por vosotros”¹⁶.

¡Cuántas veces he vivido como Bartimeo, ciego e implorando tu auxilio sin verte en mi vida, en mi prójimo, en mis caídas o en mis alegrías! Negando de mil maneras que solo tu das sentido a la vida. Ciega a tu amor y compasión, mientras clamaba el amor y la compasión de otros. Veo los años que perdí alejada de ti con una venda en mis ojos. Señor, quiero verte.

Dios no se cansa de salir a nuestro encuentro, nos busca y no se cansa de llamarnos por nuestro nombre. A veces utiliza a personas o situaciones para hacernos despertar y, cuando lo consigue, nos carga sobre sus hombros contento sin hacernos preguntas ni reprocharnos el tiempo que hemos estado escondidos en nuestro dolor. También a mí me ha cargado sobre sus hombros, malherida por una grave enfermedad; me ha encontrado en la sala de espera del hospital y muy contento y, llamando a amigos y vecinos les ha dicho: “Alegraos conmigo, he encontrado a la oveja que se me había perdido”¹⁷.

El hospital es donde más he sentido su presencia. Allí la enfermedad y el dolor tienen nombre y rostro. Sin embargo, en el resto de la ciudad, la gente esconde su dolor bajo una aparente normalidad y el Señor, buen pastor, no se cansa de llamar a sus ovejas por su nombre, aunque éstas no quieran reconocer que están perdidas¹⁸.

Los enfermos tienen una manera de entenderse para la que no necesitan saber ni su nombre ni a qué se dedican. El lenguaje del dolor es tan profundo y sincero que la amistad que se hace, mientras atraviesas la enfermedad,

¹⁶ Ib. p. 43.

¹⁷ Ib. p. 52.

¹⁸ Ib. p. 54.

trasciende el tiempo y la distancia. En la sala de quimioterapia del hospital conocí a un grupo de mujeres maravillosas, fuertes y luchadoras, casadas y con hijos, solteras, madres y familiares de ellas.

En la familia de una de mis compañeras había un sacerdote y nos acompañaba en las muchas horas de espera de la sala de quimioterapia. Cuando todas terminamos el proceso, celebramos en su iglesia una misa de acción de gracias y una comida en los salones de su parroquia. Ese día todas nos abrazamos muy fuerte, porque nuestros caminos se separaban y muy en el fondo sabíamos que el desenlace de esta enfermedad no estaba en nuestras manos. De este entrañable grupo, cinco de mis compañeras descansan sin dolor en el cielo y desde allí interceden por las que aún seguimos recorriendo la sala del hospital, donde tanto amor y tantos recuerdos hemos dejado. Cada una de ellas ha dejado una huella imborrable en mi corazón, una historia de superación y amistad, que me acompañará siempre.

Además de este inolvidable grupo, estaban a mi lado los demás enfermos del hospital con los que he compartido tantas horas de espera. Me quedo con el recuerdo especial de un inolvidable amigo que me alentó y me dio ejemplo de coraje y tesón. Mis conversaciones por teléfono con él, una vez que empeoró, fueron un regalo de auténtica amistad y cariño. Cuando se despidió de mí, me dijo: “Te llamo para despedirme, porque voy a hacer un largo viaje para el que no necesito equipaje, Allá donde voy, nadie puede acompañarme. Me voy en paz”.

Mi más querida amiga se fue una mañana de mayo. Más de cuatro años en fríos pasillos del hospital fraguaron una amistad que ni el tiempo ni la muerte podrán borrar. Antes de partir, me pidió lo más bonito que me han pedido nunca, que me grabara un padrenuestro cantado por mí para oírlo en esas noches de agonía, donde ya no quedan fuerzas para orar. También me pidió una cruz, que tuvo en sus manos hasta su último momento.

Descansen en paz tantas almas buenas que he tenido el honor de conocer y querer. Que su testimonio de vida y de fe, que literalmente he guardado en mi corazón y comparto hoy contigo, nos sirva de sustento en nuestro propio camino.

A lo largo de mi enfermedad y de mi proceso de recuperación, he aprendido a vivir sobre una cuerda floja, sintiéndome en muchos momentos cogida con alfileres a la vida, caminando sin equipaje, mientras veía cómo el Señor, igual que en la parábola, venía en la oscuridad de la noche a llevarse con él a personas muy queridas para mí, que estaban en mi misma batalla. En esos

*momentos, lo único importante es tener nuestra lámpara encendida con el aceite de nuestro amor; todo lo demás sobra, es humo*¹⁹.

*La enfermedad no puede ser vivida como un impedimento para amar, sino todo lo contrario, como un camino para dar y crecer en el amor, con los medios que tengamos a nuestro alcance. Yo empecé escribiendo a Dios, porque no tenía energía para desplazarme a la iglesia con la frecuencia con que me habría gustado y, desde aquel día hasta ahora, no he dejado de dar testimonio de su amor en mi vida y de darle gracias. El simple hecho de aceptar la enfermedad y abrazarla, ya es una muestra de amor a Dios y eso está al alcance de todos los que viven con ella ya sea física o espiritual*²⁰.

Un día, después de innumerables consultas y horas de espera de un especialista a otro en el hospital y viendo que ese dolor tan limitante no cedía, me hundí. Al hundirme comprendí que en realidad no estaba aceptando la voluntad de Dios y que con mis quejas y mis lágrimas le estaba diciendo al Señor que no me gustaba la manera como me había tratado.

En ese duro proceso de aceptación del dolor, el Señor fue cambiando mis odres viejos por otros nuevos y con su ayuda volví a sonreír. Me llené de paz, cuando llegué a aceptar que el dolor y el cansancio serían mis fieles compañeros de viaje. En esta parte del camino he encontrado personas dentro y fuera del hospital que me han ayudado a llevarlos y a integrarlos en mi día a día. El Señor nunca nos abandona, nos abraza con los brazos del prójimo y nos acompaña en cada paso del camino.

El dolor te hace ser más humilde y te recuerda constantemente que no puedes hacer nada por ti mismo, si el Señor no te da su aliento y su gracia. Te hace entender que el sufrimiento nos purifica y aligera nuestra mochila terrenal, llena de cargas pesadas. Ofrecer cada día mi cansancio y mi dolor me llena de paz y me hace encontrarle un sentido extraordinario a lo ordinario, sabiendo que él lo utilizará para hacer mucho bien y lo convertirá en una bella flor, que ayudará a otros a recorrer con fuerza su propio viaje.

¡Hay tantos motivos para ofrecer nuestro dolor a Dios! ¡En particular por la reparación del daño que dejaron nuestros pecados, por la conversión de los pecadores, por la sanación de los enfermos, por los que pasan hambre, por los sacerdotes, religiosos y religiosas, por las intenciones del Papa, por las almas del purgatorio!

¹⁹ Ib. pp. 60-62.

²⁰ Ib. p. 69.

La Virgen María, nuestra Madre, ha sido para mí un ejemplo muy vivo de obediencia y de aceptación de los designios de Dios con su “Hágase”. Ella ha sido mi modelo en este camino de abandono, que ha sido mi enfermedad. Rezar el rosario con devoción y amor, meditando y ofreciendo cada misterio por una causa, es la mejor medicina para sanar el cuerpo y el alma ²¹.

Llegó un momento en que yo no podía hacer cosas tan básicas como comer, caminar o pasar más de dos horas seguidas sin dolor y, en ocasiones, no podía ni respirar. El dolor de huesos se hacía insoportable y la debilidad me consumía. Eran días, meses, años en los que la vida parecía ir apagándose poco a poco. Cuando volví a poder comer y cada paseo era un regalo del cielo, supe que nunca volvería a ser la misma. Volví a este mundo, pero mi pensamiento y mi súplica diaria se quedaron para siempre con los que sufren. Ahora el hospital y los que lo habitan forman parte de mi corazón, de mi retina y de mi pensamiento. Mi oración es por los que lloran, por los que conviven con el sufrimiento y el dolor, por los que pasan horas interminables esperando un tratamiento, por los que no tienen cura y pasan sus últimos días entre lágrimas, abrazos y despedidas, por tantos familiares que velan al enfermo, día y noche, y por aquellos que perdí en esta batalla del cáncer ²².

Las primeras sesiones de quimio fueron devastadoras. Mi madre tuvo que venir a vivir conmigo y con mi hijo, porque casi no me tenía en pie. Apenas podía comer, caminar se había convertido en todo un reto. Mis huesos no dejaban de dolerme y, a veces, me costaba tanto respirar que tuve que recurrir al 061 en más de una ocasión.

Mi madre, muchas noches, se levantaba de madrugada y llorando se acercaba a mi cama, buscando oír mi respiración. Después de oírla, se volvía a la cama dándole gracias a Dios. Yo la veía entrar en la oscuridad de la noche y me hacía la dormida, siendo testigo del miedo que mi madre tenía de perderme.

Mis compañeras, especialmente una de ellas, se ofrecieron a ayudarme y mandarme resúmenes de los temas, ya que los exámenes eran en mayo. A esa convocatoria no pude asistir, porque estaba muy enferma, pero mi esperanza era ir a la de junio. Mi cabeza empezaba a fallar, ya no podía leer ni entendía lo que leía. Yo que había estudiado toda mi vida, me veía incapaz de mantener la atención y, a los diez o quince minutos, ya estaba agotada y con dolores fuertes de cabeza. Ahí es cuando le pedía a mi madre que me leyera cada día, después a mi hermano, que me explicara los temas durante sus visitas, aunque en realidad

²¹ Ib. pp. 74-75.

²² Ib. p. 81.

yo era incapaz de seguir durante más de diez minutos su explicación. Así empezó una bonita historia de superación que quiero compartir ²³.

El Señor nos hace ver que en este mundo no tenemos un hogar permanente. Todas las seguridades que queramos imaginar no nos sirven, porque estamos de paso y querer aferrarse al dinero, a la belleza, a la posición social, al reconocimiento o al amor humano, solo nos hará confundir nuestra auténtica realidad. Seguir a Jesús es vivir a la intemperie, sin tener dos capas, apoyados en nuestra fe y sabiendo que solo él es el dueño de nuestra vida y de nuestro destino. En mi proceso de enfermedad ha sido constante la máxima de vivir abandonada a su voluntad y desde esa experiencia os transmito mi relación con un Dios vivo, un Dios que vive entre los enfermos de cuerpo y espíritu, en mi prójimo y en mi realidad.

Con él he aprendido a vivir sin equipaje. Mi equipaje se llama tener a Dios en mi corazón y verlo en el de mi prójimo. Teniendo eso, lo tenemos todo. Este mundo se empeña en complicarnos la vida, apegándonos tanto a éxitos que se desvanecen como a promesas incumplidas. Solo ante nuestra cruz divisamos nuestra pequeñez e impotencia y, a la vez, en ella contemplamos la grandeza de Dios y su constante presencia en nuestra vida.

El hospital es un lugar idóneo para conocer la verdadera humildad. Cuando llegas allí, te das cuenta de que te sobra todo y de que la vida es más fácil y sencilla de lo que imaginamos. El Señor se dedicaba a sanar enfermos y lo sigue haciendo actualmente ²⁴.

*Señor, tú eres mi hogar.
Mi cobijo y mi manta en las noches frías.
No quiero un casa de papel levantada sobre arena,
porque vendrá el viento y se desplomará.
Quiero que tú seas mi camino y mi destino.
Que tu palabra sea mi lámpara y la Eucaristía mi alimento.
Mientras sea peregrino,
no quiero confiar solo en mis fuerzas,
ni en mis sueños y proyectos,
ni en palabras del prójimo, que se lleva el viento.
Quiero poder reclinar mi cabeza solo en Ti, Señor.*

Cuando perdí mi pelo y lo cubrí con un pañuelo, la gente me miraba por la calle con una mezcla de lástima y compasión. Algunos me paraban y me

²³ Ib. p. 87.

²⁴ Ib. p.100.

preguntaban la causa de mi enfermedad sin conocerme. Otros me decían que rezaban por mí y otros solo me miraban en silencio, disimuladamente en la espera del semáforo. Al llegar al hospital era cuando me sentía como en casa, porque mi mundo ahora lo formaban las personas con pañuelo y allí es donde más había. Eran mi nuevo hogar, con ellos me sentía a salvo y comprendida, protegida de un mundo que mira hacia otro lado cuando se trata de integrar la enfermedad o el dolor. En mi caso, perder mi pelo y mis cejas no me afectó demasiado, porque siempre he pensado que la belleza de una persona no la define su aspecto físico, sino su corazón. En esta enfermedad como en todos los obstáculos que atravesamos en la vida, el Señor por medio de san Pablo nos dice: “Hermanos, todo lo que es verdadero, noble, justo, puro, amable, laudable, todo lo que es virtud o mérito tenedlo en cuenta” (Fil 4, 8). “Todo lo puedo en aquel que me conforta” (Fil, 13).

Desde mi debilidad, cada amanecer firmo un cheque en blanco al Señor y le pido que ponga él lo que quiera, el cómo, el cuándo y el dónde. Que me pida lo que me pida lo acepto con alegría, porque no tengo duda de que, pese a la adversidad, él me dará su fuerza para poder afrontarla y nunca me dejará sola. Invoquemos a santa Águeda, que es la patrona de las enfermas de cáncer de mama.

Agradezco a Eva María Fernández Salazar por estas reflexiones que he podido entresacar de su libro “Un viaje sin equipaje”.

Ciertamente la vida hay que verla en una perspectiva sobrenatural; porque, si solo pensamos en tener y tener más y más cosas en este mundo para conseguir todos nuestros deseos y placeres, no llegaremos a ningún buen puerto. Es triste pensar que muchas personas famosas, artistas de cine, cantantes, deportistas o incluso personas con riqueza o gran poder político, a veces, mueren suicidándose, porque no pueden soportar, después de una vida de lujos y placeres, las limitaciones de la vejez o de una enfermedad o de problemas y fracasos personales.

Ya decía san Agustín: *Nos hiciste Señor para ti y nuestro corazón está insatisfecho hasta que descansé en Ti.* (Confesiones 1, 1). Tarde o temprano todos moriremos a este mundo, pero lo cierto es que nacimos para no morir nunca. La muerte no es el final de todo, es solo un puente, un paso entre lo temporal y lo definitivo. Es como pasar una puerta y encontrarnos cara a cara con nuestro Papá Dios, que nos espera para hacernos felices eternamente en otra dimensión, en el cielo. Pero es triste que muchos no viven pensando en Dios ni en la eternidad. No quieren ni pensar tampoco en la muerte, que nos puede llegar

en cualquier momento. Solo quieren vivir en esta tierra y disfrutar de todos los placeres, lícitos o ilícitos, aunque sea a costa del sufrimiento de los demás.

Hermano lector: Dios es tu Padre ¿Has pensado que en cualquier momento te puede pedir cuentas de tu vida? ¿Estás preparado? ¿Estás satisfecho de tu vida? Dios te ama infinitamente, con todo su amor infinito, piensa en la eternidad y ámalo con todo tu corazón y, cuando tengas sufrimientos fuertes, una enfermedad incurable o algo insoportable, piensa que Dios lo sabe todo y lo permite por tu bien. Quizás sea para que tomes nota de tus descarríos y puedas enderezar tu vida hacia el bien. Ama a Dios y sé feliz con Dios en tu corazón. Él te ha creado para ser feliz eternamente. Por eso, los sufrimientos de esta vida son pasajeros y, si sabes aceptarlos y ofrecerlos a Dios por la salvación de los demás, te servirán de escalones para crecer espiritualmente y ser más feliz por toda la eternidad. Dios te ama, no lo olvides. Sonríe, Dios te ama.

JAVIER MAHILLO (1960-2001)

Era doctor en filosofía pura por la universidad de Navarra. Daba clases de Filosofía, Bioética y técnicas de estudio en el Instituto de Palma de Mallorca. Era invitado frecuentemente a programas de radio y televisión para defender su posición católica en algunos temas polémicos. También daba conferencias y cursillos a padres, alumnos y educadores. Era experto en kárate y boxeo tailandés. Estaba casado y tenía cuatro hijos. En su libro *Vivir con cáncer* nos relata, como en un Diario, sus problemas y dificultades desde 1998 en que le detectaron cáncer. La lucha duró tres años y, al final, murió el 2 de diciembre de 2001.

En 1997 había sentido unos fuertes dolores en la pierna y los médicos pensaron que era ciática. Lo trataron así, pero no mejoraba. Por fin el 24 de febrero de 1998 le hicieron una resonancia magnética doble. Primero dedujeron los médicos que la inflamación del nervio ciático procedía de algo que parecía una hernia en el hueso sacro (al final de la columna vertebral). También sospecharon que podía ser algo peor y le hicieron una gammagrafía, con la que descubrieron que el dolor se debía a un tumor cancerígeno, incrustado en el coxis.

Le informaron que tenía un cordoma, un tumor cancerígeno del tamaño de un tomate aplastado, que, aunque no era muy agresivo y no solía propagarse rápidamente por el resto del cuerpo, era de los más peligrosos por el sitio donde se encontraba, pues estaba pegado al sacro por la parte interior, rozando las arterias ilíacas, la columna vertebral y el recto.

Como hombre de fe, desde el primer día que estuvo en la clínica pidió que el capellán le trajera la comunión cada día y, cuando estaba solo, aprovechaba para hablar con Dios y rezar el rosario. Dice: *Visto que iba a tener abundancia de tiempo, me propuse emplearlo lo mejor posible y aprovechar mi estancia en el hospital para hacer oración todos los días, pues nunca viene mal un poco de ayuda divina* ²⁵.

Al día siguiente, dice, vinieron para hacerme un ecografía abdominal. Querían asegurarse de que el tumor no estaba diseminado por otras zonas del cuerpo: hígado, riñones, bazo, etc. ²⁶. *Cuando de vez en cuando, me asaltaban negras nubes mentales, intentando oscurecerme el horizonte, pensaba en Dios como padre bueno que es y me volvía a poner en sus manos. Total, siempre estamos en peligro. Cualquiera, por sano y fuerte que se sienta ahora, puede tener un accidente en cualquier momento. Como en las habitaciones de la Policlínica Miramar no había ni un crucifijo ni nada que se le pareciera, pegué con celo un calendario de Jesús al palo del goteo. Bajo la foto decía: “Señor, confío en Ti”. Así podía mirarlo a menudo y me consolaba pensando que Él no me quitaba ojo... Yo siempre he sabido que estoy en las manos de Dios. Y aunque pueda parecer ridículo, cuando me vi despojado de todo lo mío y los míos, y postrado en una cama esperando que de un momento a otro entrase un desconocido en mi habitación y me informara de que apenas me quedaban dos meses de vida, entonces precisamente me sentí como un niño en brazos de su padre. La verdad es que esos días, esperando tranquilamente la sentencia, me sentí en manos de Dios como nunca en mi vida* ²⁷.

Todos los especialistas estaban de acuerdo en que lo que tenía era un cordoma. Y no descartaban la posibilidad de hacerme una biopsia para confirmarlo. También me decían que, al ser un caso muy especial, preferían que la intervención la llevase a cabo el doctor Roberto Ramón, catedrático de la universidad de Barcelona y jefe de neurocirugía del hospital clínico, por tener mucha más experiencia en cordomas.

En la tarde del 27 de febrero le hacen un TAC (tomografía computarizada del sacro pelvis) Para ello le inyectan en el brazo un contraste yodado para detectar lo mejor posible el calibre y la situación del cordoma. El traumatólogo le dice que hay que extirpar el tumor y que la operación será muy sangrienta y delicada y es posible que deje algunas secuelas: pérdida de sensibilidad en los dedos de los pies, disminución de potencia y rendimiento deportivo, molestias

²⁵ Mahillo Javier, *Vivir con cáncer*, Ed. Espasa Calpe, Madrid, 2000, p. 52.

²⁶ Ib. p. 53.

²⁷ Ib. pp. 55-56.

cuando esté mucho tiempo sentado, desequilibrio al hacer determinados movimientos, etc.

*Refiere: El domingo 1 de marzo: Veo la misa por la tele. El padre Juan me trae la comunión como siempre y me paso el día acompañado por mi mamá... El día 4: He estado un rato contemplando a Jesús, que sigue mirándome desde el soporte del suero y, mientras le pedía que aliviara el dolor de mi hermana Lourdes, se me han saltado las lágrimas por primera vez desde que estoy aquí. Ha sido una buena terapia pues me ha aliviado la tensión contenida estos días*²⁸.

El 13 de marzo de 1998: El doctor me cuenta con pelos y señales que la biopsia ha revelado definitivamente que no se trata de un cordoma, sino de un adenocarcinoma, un tumor maligno que se genera en partes blandas y se va propagando hasta que invade todo el organismo. Lo primero que hay que hacer es buscar a fondo, si hay otros tumores por ahí escondidos, aunque podría ser que el foco originario haya generado esta primera metástasis y luego haya desaparecido por sí solo. Lo que está claro es que los adenocarcinomas nunca empiezan en el hueso. Por eso no es aconsejable operar, sino recurrir a quimioterapia y radioterapia para intentar destruir el tumor antes de que se extienda. Este fin de semana me harán otro TAC.

Sobre los efectos de la quimio me dice el médico que lo normal es que me den mareos y náuseas y se me caiga el pelo. Si después de cinco o seis sesiones no responde la quimioterapia, tendrán que operarme como último recurso, aunque esa operación no garantice en absoluto que el tumor no vuelva a rehacerse. De todos modos, el índice de curaciones solo con quimioterapia es de 50%.

*Según los análisis que me hicieron, la biopsia ha confirmado lo peor: tengo un tumor de los más malignos: un cáncer en toda regla, que puede llevarme a la tumba en pocos meses, dejando viuda y cuatro huérfanos. Y si me operan, puedo verme obligado a vivir postrado en una cama el resto de mi vida*²⁹.

*Por más convencido que estoy de que voy al cielo de vacaciones y que ya se termina eso de trabajar, madrugar y pasar malos ratos, es triste pensar que dejo 4 huérfanos tan pronto. Mamá me mira y me abraza, pero no dice nada. Pobrecilla, tan joven y ya viuda cargada de niños*³⁰.

²⁸ Ib. p. 68.

²⁹ Ib. pp. 84-85.

³⁰ Ib. p. 87.

El 14 de marzo de ese año 1998 escribió su testamento vital: *Yo, Javier Mahillo Monte, haciendo uso del derecho a ser informado de la evolución real de mi enfermedad, del derecho a aceptar o rechazar el tratamiento a que se me vaya a someter y del derecho a recibir asistencia física, psicológica, social y espiritual hasta el momento de mi muerte..., no doy mi consentimiento a nadie para que ponga fin a mi vida anticipadamente ni tampoco autorizo a médico alguno para que me aplique medidas extraordinarias que prolonguen mis sufrimientos, cuando ya no haya esperanza de curación. En resumen: Haciendo uso del derecho a que se respete mi libertad de conciencia, quiero recibir ayuda para morir con dignidad y no autorizo a nadie para que me mate por lástima o me haga sufrir innecesariamente.*

El día 16 viene la enfermera con tres botellas de medio litro, llenas de agua hasta los bordes con no sé qué cosa disuelta que le da un sabor asquerosillo y repelente. Me las bebo una por una en hora y media de calvario. No he terminado la degustación, cuando me da una diarrea y me paso la tarde yendo y viniendo al servicio... Cuando se va todo el mundo, rezo el rosario, mientras voy bebiendo otras cuatro botellitas de feo líquido. La verdad es que cada vez me sabe peor. Está realmente nauseabundo, pero ¿qué se le va a hacer? Voy al baño 500 veces exagerando ³¹.

El 17 me van a hacer una rectoscopia a ver si el origen está en el intestino. Si no encuentran el foco inicial, me harán otro TAC y la quimio la postergan para mañana... Estoy en manos de Dios. Él sabe lo que me está pasando sin necesidad de mandarle por fax las pruebas al cielo. Y sabe que yo le quiero y deseo estar ya definitivamente con él. Pero también sabe que acepto su voluntad y, si quiere mantenerme en esta tierra 50 ó 150 años más, haciéndome rectoscopias varias, aquí me tiene dispuesto con o sin silla de ruedas. Yo sé que la muerte no es para tanto, que estoy en buenas manos, que aún quedan esperanzas de curación y que no quiero escurrir el bulto ya que todavía hago falta aquí. Sabe que le quiero por encima de todo y que estoy en sus manos. Jesús, mantenme alta la moral. Señor, no dejes que me deprima, confío en Ti ³².

El 18 por la mañana viene el padre Juan con la comunión y me dice que se va a las Fallas de Valencia y visitará a la Virgen de los Desamparados para encomendarme. Me hace gracia a mí eso de que me metan en el saco de los desamparados, pues me siento perfectamente amparado por Dios, por la Virgen y por todo el mundo. No obstante, le agradezco que le recuerde a mi Madre (la Virgen) que aquí tiene a Javier Mahillo el desamparadillo ³³.

³¹ Ib. pp. 97-98.

³² Ib. p. 101.

³³ Ib. p. 103.

El domingo 22: *Como es domingo, me pongo el batín y salgo despacito con mi hermana del brazo para ir a misa a la capilla de la clínica. Cuando llegamos la misa, ya ha empezado y la capilla, que es enana, está a tope de gente. Aún y todo encontramos un hueco y nos sentamos mamá y yo. Pero, mientras el sacerdote celebra la eucaristía, empiezo a sudar chorros. Me siento y me abanico con un papel y, cuando llega la comunión, comulgo y le digo a mamá que nos vamos antes de que acabe la misa*³⁴.

Hoy, 27 de marzo de 1998, como estoy en casa, hemos ido a misa a la parroquia por primera vez desde que me puse enfermo. Al terminar, han venido todos nuestros conocidos a saludarnos y parece que todo el mundo se ha quedado más tranquilo, viéndome andar por allí como cualquiera sin el pijama ni el gotero puesto³⁵.

Hoy 6 de abril me encuentro raro, porque tengo la cabeza pelada como una bola de billar y no puedo parar de acariciármela. Creo que fue el jueves pasado, cuando por efecto de la quimioterapia, empecé a notar que el pelo se me desprendía a mechones, simplemente con tirar un poco. Al principio se me caía fácilmente el del pecho y el pubis, pero a los dos días también empezó a soltarse el de la barba y la cabeza. Así que decidí cortármelo al cero para no estar día tras día obsesionado con cada pelo³⁶.

El viernes pasó por nuestra calle la procesión con todas las cofradías del barrio, me levanté y estuve un rato asomado al balcón para verlos pasar. Es asombroso en los tiempos que corren la cantidad de gente que participa en la celebración, pese a que las cofradías se fundaron aquí hace apenas tres o cuatro años. Para que luego digan que la religiosidad va de capa caída y que ya nadie tiene fe. Será que, cuando pasan, no se molestan en asomarse a la ventana.

Yo me emociono, pensando cuántos estarán ahora debajo de sus capirotos rezando por mí. ¡Qué maravilloso es sentirse querido! No sé si sus rezos tendrán o no efectos curativos, pero qué bien me hace el saber que hay gente a la que le importo, que hay personas que sufren con mi dolor y rezan a Dios convencidas de que esto me alivia. En este mundo tan tremendamente insolidario que nos ha tocado vivir ¡qué suerte tenemos los que tenemos fe!³⁷.

El miércoles me levanté con un dolor de cabeza insoportable y empecé a perder otra vez el apetito. Al mediodía mamá me llevó a SEROSA, donde

³⁴ Ib. p. 113.

³⁵ Ib. p. 132.

³⁶ Ib. p. 135.

³⁷ Ib. pp. 141-142.

reanudamos otra vez la dichosa radioterapia; y ya se me quitaron las ganas de comer definitivamente... Según parece, el tumor se está encogiendo, no todo lo que esperaban, pero sí mucho. Lo cual es de celebrar. Así que dejamos una semana de retomar la quimio.

El tumor se ha reducido casi el 30%, sin embargo, al no ser la reducción de al menos la mitad, en los informes no la consideran reducción significativa ³⁸.

El jueves pasado empecé a notar síntomas de faringitis. Me dolía mucho al tragar y me empezaron a dar pinchazos muy fuertes en el oído derecho, que me subían por el cráneo cada dos o tres minutos. El doctor me recetó un antibiótico y un antiinflamatorio. Desde entonces me los he estado tomando cada doce horas el primero y cada ocho el segundo. Además llevo seis o siete días sufriendo unos calambres muy dolorosos en la pierna derecha ³⁹.

El doctor dice que tengo mucha anemia y le he enseñado el brazo izquierdo donde tengo flebitis. Ha decidido posponer la cuarta sesión de quimio para la semana que viene.

Estaba en casa y salí a hacer algunas gestiones y, al pasar junto a una iglesia antigua que hay cerca de la plaza de España, vi que estaba abierta y, como nunca la había visitado, entré. Allí, en una agradable penumbra, estaba sentado un sacerdote franciscano. Me acerqué y le dije si me podía confesar. Allí mismo, sin levantarse siquiera del banco, me confesó. Lo curioso es que al enterarse de mi profesión, cogió un libro que tenía entre manos y que acababa de leer y me lo regaló así sin más ⁴⁰.

El 1 de julio hemos comenzado de nuevo la quimio: análisis de sangre, visita al oncólogo por la tarde, firma de recetas y demás consejos prácticos. Mañana nueva sesión de quimioterapia. En el ambulatorio médico del Arenal, Consuelo me ha enseñado a ponerme yo mismo las inyecciones que me han recetado para estimular el crecimiento de glóbulos rojos ⁴¹. En un libro he visto esta oración:

*Enséñame, Señor
A vivir el don de cada día.
Sin otros planes que los tuyos
Los de cada día,
que pueda maravillarme de tu amor.*

³⁸ Ib. p. 158.

³⁹ Ib. p. 161.

⁴⁰ Ib. p. 167.

⁴¹ Ib. p. 181.

*Padre, cada día.
Que el rostro de mi prójimo.
Sea nuevo para mí, cada día.
Dame un corazón, Padre,
Manso con el sufrimiento de cada día.
Fuerte con la lucha de cada día,
Amoroso en la oración de cada día.
Que cada día sepa confiar en Ti, Padre,
dejando en tus manos el mañana.
Sin inquietud, sin prisas.
Que cada día estrene tu paz.
Recibiendo de Ti, cada día.
Salud o enfermedad, éxito o fracaso.
Fracaso o retroceso.
Enséñame, Señor,
a vivir el don de cada día.*

El 22 de julio el doctor García Bueno me ha dicho que el jueves me pondrán la sexta sesión de quimio. A finales de agosto habrá una exploración exhaustiva para ver si el tumor del sacro sigue reduciéndose y por si hubiera aparecido alguna otra metástasis por ahí ⁴².

El 18 de agosto 1998 me han hecho una resonancia magnética abierta y un TAC helicoidal de abdomen. Lo malo es que para esta última prueba me han hecho beber un litro y medio de un líquido para que el intestino esté lleno y se vea en tecnicolor. Me ha sentado fatal y se me han quedado las tripas revueltas y una colitis de elefante. Y para postre, al salir, hemos pedido que nos dijeran cómo iba la cosa y nos han informado que el tumor permanece estable y no ha disminuido ni un ápice ⁴³.

El 1 de septiembre el doctor Panadés me ha dicho que no se sabe si el tumor está necrosado o agazapado. El martes 17 de noviembre me hicieron una radiografía de pulmón y corazón y a continuación otra resonancia magnética de la columna. He descubierto que cuatro puertas más allá, siguiendo el mismo pasillo, está la capilla. Así que, muerto de curiosidad por saber los resultados, me he metido allí y, sentado en un banco, le he vuelto a ofrecer a mi madre del cielo todo lo que me está pasando. Si las pruebas que me han hecho indican que el tumor está desapareciendo ¡Viva la Virgen! Si no, pues que viva también. Le

⁴² Ib. p. 188.

⁴³ Ib. p. 194.

he pedido encarecidamente que pase lo que pase, no deje a mis hijos de su mano⁴⁴.

No se sabe si el tumor está activo o necrosado. El vivir es una incertidumbre continua y no saber a qué atenerse. Ayer estaba convencido que en enero me daban de alta y hoy dicen que a lo mejor empezamos otra vez con la quimioterapia. El doctor me dijo que había que hacer un PET (tomografía de emisión de positrones) y eso solo se hace en Madrid y Pamplona.

Me hicieron el PET en Madrid. Tuve que esperar y aproveché para rezar el rosario. Me llevaron a una sala colindante y me tumbaron en una camilla. Una enfermera me dio una pastilla de Valium y un poco de agua y allí me dejaron reposando a oscuras otra medio hora larga para que se repartiera por la sangre. Como el Valium era lo primero que tomaba en todo el día, me sentó como un dardo soporífero de cazar búfalos.

El 1 de enero de 1999 estaba emocionado por mi estado de salud. Hace exactamente un año estábamos pasando las Navidades por Madrid y yo temblando por lo de mis ataques de ciática. Ahora no tengo ni un dolor, ni una náusea, ni ciática, ni intestino revuelto. Nada de nada. Hasta estoy trabajando en mi casa con los albañiles⁴⁵. El doctor dijo que no había pruebas de actividad tumoral ni hay metástasis a la vista. El 18 de enero el doctor Bueno, vista la buena salud que tengo, me da de alta, aunque estaba preocupado por el espectacular bajón de anticuerpos que se había producido.

Tengo claro que mi curación no es más que una prórroga, una nueva muestra de amor del que es amor puro. Señor, si tanto me quieres, déjame en este mundo y dame la oportunidad de sufrir un poco por los demás. No me lleves contigo todavía, concédeme un poco más de tiempo para que pueda olvidarme de mí mismo y darme un poco a los demás, a mi mujer, a mis hijos, a mis padres, a mis alumnos y compañeros. Déjame unos años de margen, Señor, mantén encadenado este tumor el tiempo suficiente para .que aprenda a amar de verdad. Tú sabrás, Señor, lo que debes hacer. Aún estás a tiempo, pero preferiría que no me lleves ahora, cuando me queda tanto por amar⁴⁶.

Aquí termina el Diario. Dios le concedió todavía un año y medio por delante hasta que se lo llevó a descansar al paraíso. Seis meses antes de su

⁴⁴ Ib. p. 252.

⁴⁵ Ib. p. 276.

⁴⁶ Ib. p. 302.

muerte ya le avisaron que el tumor se había extendido por diferentes lugares de su cuerpo y así pudo prepararse para el encuentro definitivo con el Señor. Tres meses antes de su marcha definitiva, le hicieron una entrevista y en ella dijo:

Ya tengo las maletas hechas, estoy dispuesto a emprender este maravilloso viaje. Al fin de cuentas Dios es el único que sabe de verdad lo que nos conviene. La vida hay que vivirla hasta el último día con intensidad, con alegría, dando todo el amor que podamos y dejándonos amar por los demás, aunque a veces nos salga todo al revés. Después de esta vida, viene la otra, que es la más interesante. Y es bueno pensar en ella de vez en cuando para animarse a seguir caminando y subiendo las cuestas arriba que hay en esta, la terrenal.

Sé que mis hijos no son míos, son de Dios, que me los dejó unos años en préstamo. Si ahora decide quitarme de en medio, él sabrá por qué; ya se encargará él de que no les falte nada. Ahora solo pienso en disfrutar de la vida a tope y ayudar a los demás a hacer lo mismo, gritando a los cuatro vientos que la vida siempre tiene sentido y que no hay que echarse al surco por tener una enfermedad incurable, sino todo lo contrario: aprovechar cada día para sacarle todo su jugo con la convicción de que ninguno de nuestros esfuerzos quedará sin recompensa.

La muerte será el momento más emocionante, porque será el momento en que empezaré a vivir la verdadera vida con todas mis posibilidades a tope, con un cuerpo glorioso, sin limitaciones. Siempre me ha resultado sorprendente que en los funerales se diga: “Descanse en paz”, porque al menos yo, no pienso irme al cielo a descansar. Bastante he descansado en esta tierra, que me he pasado al menos un tercio de la vida durmiendo. La muerte no es más que la puerta a través de la cual saldré de esta existencia para adentrarme en otra muchísimo más emocionante y rica. Es como un segundo parto: en el primero pasé de vivir unos meses en el vientre de mi madre a vivir unos años de un modo mucho más autónomo y emocionante.

Agradezco a Dios la oportunidad de ver llegar la muerte para poder prepararme mejor para este tránsito tan importante en mi existencia. Además, creo que Dios me ha dado la oportunidad de poder contárselo a los demás y así animarles a ver las cosas más claras. La fe es un regalo de Dios, no un premio que nos ganamos por nuestros esfuerzos. Como filósofo, estoy convencido de que, cuando muera, no me disolveré en la nada, porque, si fuera así, la humanidad entera no tendría ningún sentido. Espero encontrar las puertas del cielo abiertas de par en par. Y allí encontraré a toda la gente estupenda que ha existido. Eso me da una confianza ciega en que esta vida merece la pena vivirla hasta el último día con optimismo y generosidad, porque de ello depende la siguiente.

Javier Mahillo se fue al cielo el 2 de diciembre de 2001 con 41 años de edad. Ciertamente el cielo nos espera y Dios mismo nos saldrá al encuentro. El cielo es vivir eternamente con Dios Amor y la Virgen y los santos y todos los ángeles. El infierno es un odio eterno, una vida llena de violencia, impureza, en una palabra una eternidad sin Dios. Como diría Bernanos, el infierno es dejar de amar. No amar, no querer amar, sino odiar, no hacer el bien, sino el mal, es odiar en lugar de amar. Y eso lo van construyendo ya en este mundo los que rechazan a Dios y su amor.

Tú, hermano lector, vive para Dios, vive con amor, vive para la eternidad. El cielo te espera y Dios te ama infinitamente, porque es tu Padre y te ha preparado un cielo hermoso y maravilloso para vivir feliz por toda la eternidad. Nos vemos en el cielo. Que Dios te bendiga.

TESTIMONIO DE UNA RELIGIOSA

Hace poco tuvieron que llevarme de emergencia al hospital, tuvieron que operarme y me quitaron un quiste muy grande que era canceroso. Me dijeron que debían volverme a operar y, mientras tanto, me aplicaron quimioterapia. A los cuatro meses me operaron de nuevo y otra vez salió que tenía cáncer y me aplicaron radioterapia. Pero estoy muy contenta con mi cáncer. Me parece que es una delicadeza muy grande de Dios para conmigo, pues me da la oportunidad de sufrir por él con amor. De verdad que es más grande el gozo que siento de sufrir por Jesús que el mismo cáncer. El Señor interiormente me ha enamorado con su cruz y me gustan con locura esas palabras de San Pablo: Me alegro de mis padecimientos por vosotros, porque suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo en favor de su cuerpo que es la Iglesia (Col 1, 24).

A la Santísima Virgen le he pedido que sea mi Madre Maestra para que me vaya preparando para el cielo. El Señor fijará la fecha; mientras tanto, en el cielo de mi alma estoy empezando a vivir esa sublimidad que viviré en plenitud en el cielo de amar, adorar, alabar y glorificar su Nombre.

Otra religiosa, que conozco bien, me decía que tenía cáncer de mama y que para ella era un regalo de su esposo Jesús y lo había aceptado con amor por la salvación de los pecadores.

TESTIMONIO DE UNA ESPOSA

He vivido 17 años con mi esposo. Los diez primeros años con buena salud. No nos faltaba nada, hablando humanamente, porque teníamos un buen trabajo. Pero pensábamos más en las cosas del mundo, en fiestas y cosas materiales, que en Dios. Teníamos nuestras discusiones de vez en cuando y en una ocasión hasta nos separamos durante siete meses.

De pronto, le descubrieron a mi esposo un tumor maligno. Y comenzó para nosotros una etapa nueva. Al principio nos chocó mucho y no podíamos aceptar aquella situación tan inesperada y tan difícil. Pero poco a poco fuimos aceptando la realidad y mi esposo reencontró aquella fe de su juventud, cuando estudiaba con los salesianos. Y los dos rezábamos juntos todos los días tomados de la mano. Juntos descubrimos el amor de Dios y de que Cristo es el que da valor a nuestro sufrimiento. Todos los días rezábamos el rosario juntos y durante los últimos meses recibíamos unidos la Eucaristía cuando le traían la comunión.

Fueron momentos difíciles, pero llenos de fe. Los últimos meses, mi esposo se preparó para la muerte y vivimos una gran unión espiritual. Creo sinceramente que fueron los días de mayor unión y amor de nuestra vida. Dios había transformado nuestro hogar.

Otra mujer refiere: Encontré al Señor en la cama de un hospital hace algunos años. Me quitaron los dos senos y desde entonces comencé a leer la Biblia y a rezar, porque me sentía muy triste. Y el Señor fue bueno conmigo, porque me dio la oportunidad de encontrar la fe perdida y descubrir que vale la pena seguirle a tiempo completo para siempre y sin condiciones.

Un joven escribió en una carta a una amiga: Te escribo, porque no tengo fuerzas para hablar. Tengo un cáncer al cerebro en fase terminal, pero esta Navidad ha sido la más bella de mi vida, porque la he vivido con Jesús y con mucho amor a mi alrededor. Él me acompaña en esta subida al calvario, que no sé cuánto durará. Pero me fío de él. Él cuidará de mi familia mucho más y mejor de lo que yo pudiera hacerlo. Antes de salir del hospital, he dejado un Niño Jesús a los enfermos. No te imaginas cómo me lo han agradecido los enfermos de sida. Pienso mucho en ellos, porque sé que no tienen a nadie que los quiera y han tenido una vida triste. Reza por ellos.

Este joven murió el 21 de enero de 1998.

TESTIMONIO DE UNA PSICOLOGA

En abril de 1997, sufrí la recaída de un tumor de cáncer de mama (carcinoma infiltrante de los conductos, 100% agresivo), que padezco desde 1985. Esta vez era la fractura del esternón por metástasis a los huesos. Los médicos no ocultaron la gravedad de la situación. Los dolores eran cada vez más intensos e incapacitantes, a tal punto que no podía mover mis manos para escribir. Incluso hablar me resultaba muy doloroso. Conociendo el curso de empeoramiento progresivo que supone esta enfermedad, le rogaba al Señor que me diera un infarto, porque empezaba a sentir mi cuerpo como una cárcel.

Un día sintonicé una emisora radial y estaban hablando, no había música. Hablaban con una belleza indescriptible de exquisitos aromas y de la hermosura de la naturaleza. Al terminar los poemas, anunciaron que pertenecían a san Juan de la cruz. Y tal maravilla había sido escrita ¡en la cárcel! Entendí que era como una “llamada de atención” por mi desánimo y el miedo a estar encarcelada a mi propio cuerpo.

Un par de días después, una amiga me regaló un rosario, que le había regalado la Madre Teresa de Calcuta. Recibí tal reliquia, sintiéndome indigna de tal privilegio, pero reforzada en la fe y con ánimos para sobrellevar los tratamientos que se sucedieron uno tras otro: cobalto, quimioterapia y Aredia.

Actualmente las metástasis de la enfermedad siguen circunscribiéndose al sistema óseo, sobre todo al cráneo, y es mayor en las órbitas de los ojos. Pero sigo viendo. No hay otros órganos comprometidos y hasta ahora el Señor ha guiado las manos de los médicos en mis tratamientos. De modo que a veces, con ciertas limitaciones y molestias, aunque no corra, sigo caminando, escuchando, hablando, viendo. Poco a poco los tratamientos médicos me han permitido recuperaciones que hace posible que continúe mis trabajos de investigación con los niños de la calle de Lima y sigo en ello. En abril del 2002 el colegio de psicólogos del Perú me otorgó el premio nacional de Psicología. Ofrezcamos nuestros padecimientos al Señor. Que en cada instante de nuestra vida por muy difícil que pueda ser, siempre reviva la caridad, la esperanza y la fe en Jesús.

El padre Manuel Duato era un sacerdote español que fundó la Fraternidad cristiana de enfermos en Lima. Él había sido operado 18 veces y llevaba consigo la enfermedad de cáncer incurable, cuando yo lo conocí. Y con su cáncer a cuestas hacía reír a todos los enfermos. En cada uno de ellos sabía sembrar una semilla de alegría. Su lema era: *Que la alegría llegue a tu corazón.*

Tres meses antes de hacer su último viaje a España para operarse, lo vi y seguía sonriendo. Pero Dios se lo llevó a los dos meses de ser operado. Me imagino que, cuando se encontró con su Padre Dios, le diría: *Padre mío, gracias por ser sacerdote, gracias por la alegría contagiosa que me diste para compartirla con mis hermanos, gracias por el cáncer que me acercó más a Ti. Gracias, porque he podido compartir mi vida a manos llenas con todos, pero especialmente con mis hermanos los enfermos. Gracias, Señor, por tu amor, por tu alegría y por tu paz.*

THIERRY GAMELIN

En su libro *Camino de curación* (Ed. Sal Terrae, 1997) nos cuenta su historia: *Tenía yo 38 años y era un alto ejecutivo de una empresa de publicidad. Yo era arrogante y no tenía tiempo ni para ser consciente y llevaba una vida sin historia, a pesar de tener muchas historias no muy buenas.*

De pronto, una lluviosa mañana de noviembre el médico, después de unos exámenes, me anunció que tenía cáncer. Un nuevo mundo se abría ante mí: quimioterapia, radioterapia, médicos. Todo un mundo desconocido hasta entonces por mí.

Cuando el médico me dio la noticia de mi cáncer, todo me parecía irreal, hasta mi propia existencia. ¿Dónde estaba? Me costaba trabajo entender si vivía o soñaba. Y no tenía a nadie con quien hablar, porque hacía un mes y medio que vivía solo. Mi mujer me había abandonado. No tenía a nadie con quien compartir mis preguntas ni mis miedos. Era una situación horrorosa.

*Me sentí, de pronto, como diferente a los demás, como un juguete al que hay que reparar. Para el equipo médico, yo era un caso más; para la clínica, un número de habitación; para mis familiares, era un enfermo. Me vi tentado de acusar a Dios, pero no quise caer en la trampa. Me di cuenta de que Dios no era el culpable de todo aquello, pero me sentía solo; la soledad era mi compañera inseparable. Yo y mi cáncer nos encontrábamos cada día frente a frente. Quería comprender el sentido de aquella enfermedad mortal y me preguntaba: **¿Por qué? ¿Por qué? Y le decía a Dios: No entiendo nada, tengo 38 años. Todos me***

han abandonado. Estoy enfermo y sufro mucho. ¿Te importa? Soy tu hijo. No encuentro sentido a mis sufrimientos. Me parecen inútiles, estúpidos, injustos.

*Poco a poco, me fui acostumbrando a hablar con Dios, como para pedirle una explicación, y le decía: **Transforma mis sufrimientos. Te los confío, que sirvan a alguien en el mundo. Señor, haz que yo aquí, tumbado en esta cama, sirva para algo, haz de mí un instrumento de tu proyecto divino.***

Y la oración se hizo mi compañera y fui sintiendo necesidad de recibir la comunión, que se fue convirtiendo, con el tiempo, en un punto central de mi vida. Era como si estuviera hambriento del pan de vida, pues el cuerpo de Cristo se convertía para mí en fuente de vida.

Y el Señor me curó y ahora, después de siete años de curación, puedo decirte a ti, que estás atado a tu lecho de dolor, quizás desesperado. Date tiempo para escuchar lo que el Señor quiere decirte a través de tu enfermedad. Vuelve tu corazón hacia Él y toma conciencia del inmenso amor que Él tiene por Ti. No seas egoísta, ábrete al amor y ofrece tu dolor. Dios lo aplicará para el bien de otros, que necesitan amor. Deja que el amor de Dios inunde de luz tu cuerpo enfermo. Deja de luchar contra ti mismo, perdónate a ti mismo y perdona a Dios, si crees que Él es el culpable de tu estado. Aprende a ser feliz y aprende a amar a Dios y a los que te rodean. Ojalá que el amor florezca en tu corazón todos los días de tu vida y hagas felices a todos los que te rodean. Tienes derecho a ser feliz, aunque sea en tu cama de enfermo o en tu silla de ruedas; pero otros muchos pueden ser felices, si tú les ayudas a encontrar su felicidad en el amor de Dios, que corre a través de ti.

TESTIMONIO DE UN PADRE DE FAMILIA

Tuve un linfoma hace 15 años y ahora me han descubierto otro segundo linfoma. Este segundo está siendo un proceso largo y muy duro física y psicológicamente, con muchos altibajos clínicos entre los que destaca que el médico me llegase a desahuciar hace casi un año, que he tenido que pasar por dos trasplantes de médula.

Tengo 42 años y cinco hijos. No puedo renegar de Dios porque sé que Dios todo lo permite por nuestro bien (Rom 8, 28). Además, Dios no nos da nada que sea malo para nosotros y, si me ha enviado el cáncer, es porque no es malo, aunque en apariencia puede parecerlo y muchas veces lo lleguemos a pensar.

En mi caso, desde que estoy enfermo, Dios no ha parado de hablarme en multitud de ocasiones. Una de ellas, que nos llegó al alma a mi mujer y a mí, fue

cuando fuimos a rezar con nuestra comunidad Neocatecumenal y todos cantamos el Credo y rezamos un misterio del rosario entre lágrimas de emoción, porque yo estaba pasando por uno de los peores momentos de la enfermedad. Al terminar de rezar, se nos acercó uno de nuestros hijos de 11 años y le dijo a mi esposa: Mamá, no te preocupes, que Dios no nos va a dar nada que no sea bueno para nosotros. Estaba claro que esas palabras se las puso Dios a mi hijo. Este cáncer a pesar de ser duro físicamente, me está haciendo mucho bien a mí, a mi familia, a las personas que me conocen y a las que no me conocen ni yo a ellos.

Yo soy una persona muy positiva, siempre lo he sido, aunque a lo largo de este último año y medio he tenido algún momento de bajón. Lo bueno de la enfermedad es que me hace ver lo frágil que soy. Siempre tendemos a pensar que vamos a vivir muchos años, pero eso nadie lo sabe y con la enfermedad te das cuenta de que la vida es un suspiro, que se puede interrumpir en cualquier momento.

Esto me ayuda a poner cada cosa en su lugar y a darle la importancia que tiene. Por ejemplo, en lugar de pensar en el futuro y proyectarme en cosas que seguramente nunca ocurrirán, el cáncer me ayuda a vivir el día a día, a dar gracias cada mañana porque estoy vivo y puedo disfrutar de otro día más. Nunca sabemos cuándo no nos levantaremos por la mañana. Pero ¿cuántas veces agradecemos el levantarnos cada mañana? Es maravilloso poder disfrutar de cada instante como si fuera el último.

Dios no me ha abandonado nunca y tiene muchos detalles de amor conmigo. Cuando creo que ya todo está perdido, va y me abre una ventana por la que entra aire fresco que me renueva. A mí en situaciones difíciles me ha enviado personas que no esperaba y a las que aprecio mucho, para que me visitasen y me hablasen de parte de Dios. Han sido momentos vividos como caricias de un Padre que está pendiente de su hijo, cuando peor se encontraba. Creo que Dios no me ha enviado esta enfermedad para fastidiarme, sino para darme la gran oportunidad de mi vida para hacer el bien con mis oraciones y sufrimientos a los demás.

De hecho personas que estaban alejadas de Dios y de la Iglesia me han dicho que han comenzado a rezar por mí, que se han animado a aprenderse el padrenuestro y el avemaría tras oír mi testimonio, que se han llegado a plantear el bautizar a su hijo, que en momentos de sufrimiento que estaban viviendo, se han visto animados y reconfortados por leer unas cartas que escribí, etc.

La enfermedad no la deseo y me hace sufrir, pero tampoco puedo decir que sea algo malo en mi vida. Desde luego que es una gran cruz, pero es que en

la cruz está Jesús con los brazos abiertos, esperándome para darme todo su amor. Mi vida la lleva Dios y a mí me lleva en brazos como a su hijo pequeño, su preferido, y solo puedo decir que Dios no se equivoca y que todo lo hace bien.

PADRE COLUM POWER

El corazón humano es capaz a una edad muy tierna de tomar decisiones que luego pueden afectar a toda la vida. A la edad de doce años o poco más me dejé fascinar por el fenómeno del emborrachamiento, fenómeno frecuente en la sociedad irlandesa, y decidí que, en cuanto pudiera, “lo probaría”. Vino la oportunidad, cuando mi equipo de rugby ganó un partido. Tenía 15 años. Este fue el comienzo de una “amistad” destructiva que iba a durar dieciséis años. Al principio coincidió con otra “amistad”, la literatura; me encantaba leer y sacaba buenas notas en idiomas y literatura en el colegio y luego en la universidad; hice un máster en literatura en 1991.

Después de graduarme en 1986 y antes de hacer el máster en 1991, trabajé como representante legal para la empresa de viajes más grande del mundo, “Thomson Tour Operations”, en Londres. Poco antes de conseguir el puesto, un amigo mío me envió una postal desde el sur de Francia, dejándome saber que él se lo estaba pasando fenomenal mientras yo, en aquel tiempo, lo estaba pasando fatal, trabajando en el entorno brutal de los sitios de construcción de Londres. El sueldo de mi nueva posición incluía varios vuelos gratis cada año y vacaciones con descuento a lugares turísticos del mundo. En un espacio de tiempo de cuatro meses le envié cuatro postales, una de Rusia que ponía “Ojalá”, otra de Turquía con la palabra “pudieras”, otra de África que ponía “estar”, y una de España con la palabra “aquí”. Mi intención era dejarle saber que ahora yo tenía mucho éxito y estaba muy feliz. Dejé caer cada una de las postales en el buzón de correo con una ancha sonrisa de satisfacción, sabiendo en el fondo de mi corazón que era todo una farsa y una mentira. Tenía “todo” y no tenía nada, y lo sabía. Dejé ese trabajo para volver a mis estudios de literatura.

Terminados mis estudios solo quedaba un “amor” en mi vida: el alcohol. Iba a consumir los próximos cinco años de mi vida. Justo en esta época de mi vida, coincidiendo con la renuncia que hice de la literatura como una manera de llenar el vacío espiritual, tuve un encuentro que podía haber cambiado la dirección de mi vida si yo hubiera querido responder a la oportunidad que suponía.

Una amiga me engañó, por así decirlo. Me dijo que me darían de comer sin cobrar. No dijo nada de la mujer irlandesa con fama de tener “dones

especiales”. Fui a la reunión pensando en la comida. La mujer se llamaba Breda. Me invitó a acompañarle a una habitación aparte “para rezar”. Ella se sentó en un sillón y yo en otro que estaba al lado. Inclino la cabeza para rezar, con la mano derecha descansando sobre mi brazo izquierdo, lista quizá para agarrarme si tuviera la idea de escaparme. Empezó a rezar, invocando al Espíritu y ahuyentando a los demonios. Luego me dijo que mi alma era como una discoteca del infierno. Al terminar la sesión, me señaló que me pusiera de pie y siguió rezando, poniendo su mano sobre mi frente. Me caí al suelo como un saco de patatas. Después de dejar pasar un tiempo discreto, me puse de pie con dificultad y salí corriendo. Pasé cinco años corriendo.

El Señor me alcanzó cinco años más tarde, viajando —en aquel entonces, antes de la construcción de una autopista, era un viaje de cuatro horas— desde Dublín a Cork, mi ciudad natal. Era el 29 de septiembre de 1996. Tenía 31 años. Había pasado la noche anterior de fiesta, como de costumbre. Hablando solo en el coche, sentí que había alguien allí conmigo, interrumpiendo mi conversación. Tan real, tan palpable fue la presencia, que miré en el retrovisor e incluso me di la vuelta varias veces para ver quién estaba en el asiento de atrás. Se me ocurrió que quizá era Dios, queriendo decirme algo pero enseguida rechacé la idea, pensando que me estaba volviendo loco. La idea persistió, sin embargo, y la tuve que resistir, queriendo echarla fuera de mi cabeza y volver a mi monólogo interior. Luego me oí a mí mismo canturreando una canción que no había oído desde el tiempo en que era monaguillo, hacía más de veinte años: “Gratuitamente tú has recibido; da gratuitamente; ve en mi Nombre y porque tú crees, otros sabrán que yo estoy vivo”. Me quedé atónito porque sabía que esto no provenía de mí: estaba dirigido a mí de parte de otro. La letra tan sencilla de la canción, unida a la sensación de esa presencia, produjeron un momento de gracia, una infusión de fe, que cambió mi vida. En voz alta dije: “¡Déjame en paz!”. Pero yo no estaba en paz y Él no quiso dejarme.

Al llegar a Cork, me dirigí a una iglesia. Por haber sido monaguillo, sabía dónde se encontraba el depósito grande de agua bendita. Puse la cabeza y las manos debajo del grifo. Sabía que tenía necesidad de una buena limpieza. Evidentemente, lo que tenía que haber hecho era ir a confesarme, pero ese pensamiento ni siquiera pasó por mi cabeza, después de dieciocho años sin acudir a ese sacramento. En aquel entonces no era consciente de ello, pero ese momento en el coche había cambiado mi vida para siempre. Ya no habría vuelta atrás después de eso. Fue un momento de gracia divina que arrancó la dinámica de la conversión. Me acordaba del Avemaría y el Padrenuestro, y los rezaba sin parar. De repente, me enfrenté con dos opciones irreconciliables: todo tenía sentido, o nada lo tenía. Se me tambaleaba la salud mental y sabía que tenía

*necesidad de la oración. La oración me liberó de la adicción al alcohol y otros vicios y me llevó al confesionario y a la Eucaristía*⁴⁷.

Antes de cumplirse un mes después de la experiencia que viví en el coche, la misa y el rosario formaban parte esencial de mi vida diaria. En vez de salir al bar con mis amigos las noches de los viernes y las demás noches, estaba ayudando a la comunidad de misioneras de la Caridad de la M. Teresa de Calcuta en Blarney, Cork, Irlanda. Fue un cambio total de vida. Era el año 1996.

El 29 de julio de 2006, un mes y medio antes de cumplir 41 años, me dio la enfermedad de leucemia mieloide. Tenía 41 años y llevaba una vida movida. Tenía muchos proyectos y estaba demasiado ocupado para pensar que estaba enfermo. Los síntomas no eran dramáticos. Había viajado a España a mediados de mayo del año 2006 y había terminado el semestre académico en la universidad y trataba de pasar un par de meses con mi Comunidad religiosa, los Siervos del Hogar de la Madre. Siempre había disfrutado de buena salud, no había pasado ni un día en el hospital en toda mi vida y llevaba muchos años sin ver un médico. El 12 de julio había vuelto a Estados Unidos para hacer de capellán en un campamento en el norte de Florida con 63 muchachos y después tenía la idea de acompañar a otro segundo grupo a Pensylvania, en peregrinación a los santuarios de los mártires jesuitas en Nueva York y Canadá en agosto.

En el primer campamento tuve un momento en que apenas podía respirar y no pude participar en los deportes. En el segundo, empeoró mi salud. El campamento de Pensylvania iba a comenzar el 23 de julio para terminar el 30. La mañana del 28 me di cuenta de que tenía la visión del ojo derecho nublada. Luego me informaron que era resultado de una gran hemorragia en la retina.

Me llevaron en coche a la Clínica de ojos de Honesdale. El médico preguntó si tenía diabetes. Le dije que no. Y contestó. *Es algo muy raro. Esto que te ha dado solo da a los que tienen diabetes o tienen más de 70 años y tú tienes 41.* Me dirigió a otro médico y me mandó hacerme unos análisis de sangre. Volví al campamento. Al día siguiente, recibí una llamada del doctor Corso: *Deja todo inmediatamente y ven al hospital. Te esperan en urgencias. Los resultados de tus análisis de sangre están mal.* Llegué y me internaron. Al médico le hablé de la fatiga, la fiebre, ciertos achaques que había tenido y una erupción de granitos de color rosa en las piernas.

Otro síntoma de la leucemia eran las hemorroides persistentes y dolorosísimas. Cuando uno tiene leucemia cualquier herida, infección o debilidad en el cuerpo, por pequeña que sea, es una causa de alarma. Los niveles de sangre

⁴⁷ Colum Power, *Tienes leucemia*, Asociación Elizabeth Van Keerbergen, 2018, pp. 26-29.

están bajos y por esto la resistencia a las infecciones es débil. La médico me dijo que parecía que tenía leucemia (cáncer en la sangre). Este fue el primer momento de un diagnóstico explícito.

Tenía plaquetas a 15.000 células por mililitro de sangre, cuando el nivel normal es de 150.000 a 400.000. Por debajo de 20.000 es considerado peligroso. Cuando se tienen plaquetas tan bajas, la sangre pierde la capacidad de coagularse y las heridas no pueden sanarse. Es fácil morir desangrado. Tardaría tiempo en asimilar la información. De hecho llevaba varias semanas o meses viviendo al borde de la muerte sin darme cuenta.

Tenía los pensamientos puestos en los campamentos de chicos, en mi Comunidad, en mi familia de Irlanda. Soy irlandés. En esos momentos pensé: *Dios es más grande que yo. Dios es más grande que la enfermedad, no hay nada que yo pueda hacer. Que se cumpla la voluntad de Dios.*

Nunca perdí la paz en el fondo del alma. Tampoco perdí la sumisión a la voluntad de Dios. No era cuestión de tolerar pasivamente, sino de confiar activamente. Sabía que Dios estaba pendiente de mí como lo sé ahora, como lo he sabido desde el primer momento en que me rendí ante la evidencia de su preocupación por mí. Sabía que él conoce todo, lo puede todo, me ama y es mi Padre.

El 4 de octubre de 2006 el capitán Bob, nuestro amigo, nos había llevado a mí y al padre Félix a pescar en los canales costeros del noreste de Florida, un mes y medio antes de cumplir 41 años en Estados Unidos. Nueve días más tarde, el 13 de octubre, fui conducido a la Clínica Mayo de Jacksonville, Florida, para pasar seis días de dosis masivas de quimioterapia como preparación para un trasplante de médula.

Al llegar al Mercy Hospital, fui llevado a la sección de hematología y oncología, o sea, la zona de cáncer. Esa noche recibí la primera transfusión de plaquetas y vomité violentamente, rechazando la transfusión. Estaba agotado. No soy ningún genio, pero tampoco soy tonto del todo. Esta fue la primera de dos ocasiones, en las veinticuatro horas después del diagnóstico, en las que sentí la fría mano del miedo, tocándome el corazón, y experimenté el vértigo del vacío, No hace falta ser un Einstein para deducir que, si tenía leucemia y mi cuerpo estaba rechazando la primera bolsa de sangre, era probable que fuera a morir.

La segunda experiencia de la amenaza del terror —un miedo psicológico y espiritual de lo desconocido, de la negrura de la muerte— ocurrió cuando me desperté la mañana siguiente y descubrí que ya estaba parcialmente ciego en

ambos ojos. Había sufrido otra hemorragia grande, esta vez en el centro del ojo izquierdo. Parecía como si mi cuerpo estuviera cerrando, mientras yo estaba todavía dentro de él.

Mi psicología todavía no había asimilado la situación, y en estos dos momentos de las primeras veinticuatro horas, experimenté una alarma estremecedora en el alma ante la muerte y lo desconocido. Este miedo me impulsó a adoptar una actitud radical y fundamental ante la enfermedad en esas primeras horas que luego apenas cambió. Nunca más se me acercó tanto el terror o incluso el miedo, lo cual no quiere decir que no experimentara dolor y sufrimiento. Estos dos momentos eran tiempos no solo de oscuridad física, sino también psicológica.

Pero el miedo no me derrotó. A estas alturas de mi vida tenía diez años de experiencia diaria de acudir inmediata y automáticamente a María en los momentos de prueba y tentación, y una vez más, en Ella mi alma encontró descanso y refugio. Veo con claridad que la vida cristiana —más concretamente, en mi caso, la vida religiosa— me había preparado para vivir esta situación. El P. Rafael Alonso, fundador de la comunidad religiosa a la que pertenezco, nos había hablado frecuentemente de S. Francisco Javier y de cómo, cuando él se encontraba en una situación de crisis, solía exclamar, “Virgen María, ¿no me tienes que ayudar? Pues, ¡ayúdame!”. Con esto no digo que esta frase precisa me viniera a la mente en esos dos momentos, pero ciertamente era para mí una práctica común, una costumbre espiritual interior, una necesidad de mi alma, acudir a Nuestra Señora en cada momento de prueba y tentación. Entonces, como una especie de reflejo espiritual, eso fue lo que hice, y como siempre, Ella vino en mi ayuda y recuperé la paz y la fortaleza. (Dios, sabiendo que tenemos necesidad de una Madre, nos dio a María; siento lástima por aquellos que tienen que vivir sin su cariño maternal). El día siguiente, domingo, mi cuerpo aceptó las transfusiones.

Ese mismo día, el Dr. Barsigian, jefe del equipo médico encargado de mi caso, me explicó la situación, sin esconderme nada. Tenía leucemia mieloide aguda. Dos semanas antes, una mujer de treinta y nueve años había sido admitida a la misma habitación y la misma cama donde yo me encontraba, con la misma enfermedad, y había muerto. Me explicó las estadísticas de supervivencia, la naturaleza y gravedad de la enfermedad, cómo ciertas células defectuosas de repente se comienzan a dividir y multiplicar y a invadir el torrente sanguíneo, provocando una especie de guerra civil dentro del cuerpo. Me contó que el tipo de leucemia que yo tenía afectaba, sobre todo, los ojos y los pulmones. La señora anterior había muerto por problemas respiratorios cuando las células defectuosas atacaron sus pulmones. Tendrían que hacerme una operación de cirugía menor para insertarme un catéter Hickman y poder así

recibir las transfusiones de sangre y la quimioterapia, probablemente hasta cinco ciclos de tratamiento.

Puede parecer que sus palabras eran frías, pero de hecho, las dijo con sencillez y calor humano. Me observaba de cerca. Mientras él hablaba, entendí qué desde el punto de vista físico había poco o nada que yo pudiera hacer para luchar contra esta enfermedad, que las cosas iban a salir según Dios quisiera. El mismo hecho de estar todavía vivo ya era un milagro en sí mismo. Mirando hacia atrás, con la seguridad de haber sobrevivido, me asusta ahora más que en aquel momento. Supongo que era la gracia, que me sostenía milagrosamente. Veía que el médico estaba sorprendido. Le dije: “No hay nada que yo pueda hacer. Estoy en las manos de Dios y en las tuyas”. A lo cual él respondió, señalando hacia arriba y diciendo: “Ambos estamos en las Suyas”. (Además de ser un hombre de ciencia, era un hombre de fe, y estaba totalmente de acuerdo con la perspectiva de abandonarse a la divina Providencia. Me gusta pensar que hasta cierto punto hicimos amistad. De hecho, me gusta pensar esto de todos los médicos, enfermeras y ayudantes con los que tuve trato, y las señoras de la limpieza. Estoy convencido de que el trabajo de cuidado médico saca lo mejor de las personas).

El Dr. Barsigian me habló el domingo 31 de julio. La mañana del lunes tuve una crisis respiratoria y casi morí. La habitación se llenó rápidamente de médicos y enfermeras; mala señal. Me dieron una máscara de oxígeno. La leucemia estaba atacando mis pulmones. Esto era lo que le había pasado a la señora de treinta y nueve años que había muerto. Una enfermera, llamada Pamela, me informó de que el equipo médico había decidido trasladarme a la SCI. Yo, todavía mareado, no recordaba el significado de esas siglas, y le puse sin querer en la difícil posición de tener que explicarlo. Me contestó que era un lugar donde podrían atenderme mejor. Pero yo insistía: “Sí, eso ya lo supongo, pero ¿qué significan las letras? No recuerdo”. Los ojos se le llenaron de lágrimas y le temblaba la voz al decir: “Sección de Cuidados Intensivos”. Si te llevan con prisa a la Sección de Cuidados Intensivos con leucemia y una máscara de oxígeno, puede suponerse que las cosas no van bien. No es una sentencia de muerte, pero casi. Al final, el Dr. Barsigian anuló la decisión. Creía que su equipo especializado de médicos y enfermeras podía cuidarme mejor, aun en situaciones de emergencia, que cualquier otro ⁴⁸.

Me dieron de alta en el hospital de Scranton, Pensylvania, el 23 de agosto de 2006 y fui en avión a Jacksonville, Florida, donde tuve la primera cita con el doctor Rivera en la Clínica Mayo. Pensé que entre una sesión y otra de quimioterapia quizá podría mantener un mínimo de nivel de actividad. Tal vez no

⁴⁸ Ib. pp. 18-21.

había entendido la gravedad de la situación. El diagnóstico recibido era que el tipo de leucemia era del menos maligno y que con cuatro meses de quimioterapia podría recuperarme, pero el doctor Rivera estudió bien mi caso y me dijo que el tipo de leucemia que yo tenía era extremadamente agresiva y maligna. Era un subtipo rarísimo con solo ocho casos conocidos en la historia de la medicina y los ocho habían muerto antes de recibir ningún tratamiento. Ninguno había respondido a la primera sesión de quimioterapia y yo sí. Tendría un tratamiento de dos sesiones de quimioterapia seguidos por una tercera sesión de dosis mucho más altas junto con radiación del cuerpo entero y un trasplante de médula. Me preguntó si tenía hermanos y me dijo que tendría que pedirles que se hicieran pruebas de sangre para identificar un donante de médula compatible. Mis padres tuvieron 9 hijos, todos varones. Según las estadísticas, uno de cada cuatro miembros de la familia inmediata sería un donante compatible. De mis ocho hermanos, dos, Brendan y Kevin, eran compatibles. Fue elegido Brendan, porque tenía el mismo tipo de sangre que yo. Doy gracias a Dios por mis padres, dos buenos dentistas y católicos, que quisieron tener hasta nueve hijos.

Después del trasplante de médula, me alimentaron por vía intravenosa mediante un tubo con una sopa blanca en una bolsa transparente durante tres semanas. Cuando te alimentan así, las llamadas de la naturaleza son repentinas e imprevisibles. Las visitas al cuarto de baño, si es que llegas, son frecuentes. Las baldosas del suelo y yo llegamos a ser viejos amigos. Ducharse era una odisea agotadora. En el transcurso del tratamiento, me insertaron tubos en cada orificio del cuerpo, sin contar los conductos lagrimales y las orejas. Entre las extracciones de médula y las punciones lumbares y Dios sabe qué cosas más, metieron agujas y tubos en agujeros que no sabía que tenía. Gracias a Dios el 26 de noviembre de 2008 el doctor Rivera me dijo que estaba curado.

Me habían diagnosticado la leucemia el 29 de julio de 2006, el trasplante de la medula fue el 19 de octubre, dos meses y medio después. Estaba de vuelta en el trabajo cuatro meses más tarde, a mediados de febrero de 2007. Tardé un año más en recuperar plenamente la “chispa”, el amor por la vida. Alguien me preguntó si había pasado por la depresión. Entiendo la pregunta, porque veo que puedo haber dado esa impresión, pero no estoy seguro, porque nunca me sentí triste. Irascible sí, muchas veces, aunque nunca con Dios. ¿Impaciente, irritable, nervioso en compañía? Sí. No sé si esto fue por la enfermedad, o la debilidad, o mi mal carácter, pero tenía la necesidad de estar solo. La comunicación me resultaba muy difícil. Pedía oraciones, oraba, y me ponía en manos de Dios. El hombre es un ser compuesto de alma y cuerpo; lo que le sucede al cuerpo le sucede también al alma. Ahora, mirando atrás, veo que una enfermedad como esta, junto con el tratamiento que requiere, supone entrar en un túnel físico, psicológico y espiritual, y que requiere esfuerzo, oración y tiempo

para salir de ello y recuperar el gozo de vivir. A estas alturas he dejado bien atrás ese túnel y estoy listo para vivir, y para morir. Lo que Dios quiera.

Más de una persona de fe me animó en medio de la enfermedad, diciendo que iba a sobrevivir y que Dios me estaba preparando para cosas grandes. Yo prefería pensar en reparación y purificación por cosas pasadas más que en preparación para cosas futuras (a no ser que esto sea verle cara a cara en el cielo, que es la única gran cosa que merece la pena). Poco después de descubrir la enfermedad, un santo sacerdote me dijo que los sacerdotes tenemos la obligación de hacer reparación por los pecados del mundo, en especial por los que oímos en el confesonario. Pensar en esto fue una fuente de paz. De hecho, en los momentos más duros del tratamiento, vi una simetría perfecta entre los pecados de mi pasado y los sufrimientos que se me pedía vivir. Podía ofrecer esos sufrimientos, por tanto, en reparación por mis pecados y, si sobraba algo, por los pecados del mundo. Tenía la sospecha dulce y humillante de que en realidad sobraba poco o nada ⁴⁹.

PARA PENSAR

SIEMPRE ADELANTE

**Si sientes que no puedes lograr algo,
no te desanimes.
Piensa en el ave, que paja a paja hace su nido.
Piensa en la planta, que lucha por florecer
a pesar del viento frío;
en la hormiga, que carga un granito de trigo;
en la roca, que es perforada
por el constante rocío;
en el niño pequeño, que a hablar ha aprendido.
Y en Dios que, en su inmenso amor,
siempre estará contigo.**

**Y, si alguna vez fracasas
después de haber intentado algo,
recuerda que haber fracasado
no significa que eres un fracasado;
significa que todavía no has tenido éxito.
Fracaso no significa que no has logrado nada,
significa que has aprendido algo.**

⁴⁹ Ib. p. 98.

**Fracaso no significa falta de capacidad,
sino que debes hacer las cosas
de distinta manera.
Fracaso no significa que jamás vas a triunfar,
sino que tardarás más en conseguirlo.
Fracaso, recuérdalo bien, no significa
que Dios te ha abandonado,
sino que Dios sigue esperando
y confiando más en ti.**

DIOS TE RESPONDE

Yo soy tu Dios y pienso en ti. Dispongo todas las cosas para tu bien, aunque no lo comprendas. Acepta con serenidad y paz todo lo que disponga para ti y ofréceme con amor tus sufrimientos. Sólo así podremos estar unidos y tener un solo corazón. Si experimentas cansancio, échate en mis brazos. Si estás triste, ven a Mí y duérmete tranquilo entre mis brazos.

Hijo mío, ayer por la mañana te vi triste y pensé que querías hablar conmigo. Al llegar la tarde, te di una hermosa puesta de sol y esperé, pero nada... Te vi dormir en la noche y te envié rayos de luna para besar tu frente y esperé hasta la mañana; pero tú, con tu prisa, tampoco me hablaste. Entonces, tus lágrimas se mezclaron con las mías que caían con la lluvia del día. Hoy sigues triste y quisiera consolarte con mis rayos de sol, con mi cielo azul, con mis hermosas flores. Quisiera gritarte que te amo, que no tengas miedo de acercarte a Mí para pedirme ayuda, que me dejes entrar en tu corazón y que me entregues todo el peso de tus problemas y todo lo que te hace sufrir.

¿No escuchas mi voz en el fondo de tu alma? Ya sé que estás muy ocupado, puedo seguir esperándote, porque te amo. Pero no olvides que te espero, porque quiero verte contento y feliz. Y te amo infinitamente, porque soy tu padre.

&&&&&&&&&&